

La presente novela muestra la organización de una singular sociedad de microbios que vive tranquila junto a un lago, hasta que un grupo de congéneres impetuosos, al mando de Mac, decide ganar fama y honor combatiendo al Hombre. A través de las plumas de un ave cazada, Mac y sus huestes se introducen en la sangre de una niña, provocándole una grave enfermedad. La angustiosa lucha de los médicos para dar con un remedio que aniquile a los desconocidos microbios, y la guerra a muerte de éstos para ganar la batalla, son la médula de esta obra.

Hernán del Solar (1901-1985) nació en Santiago de Chile y desde muy joven fue asesor literario de las editoriales Zig-Zag y Ercilla. Para ambas tradujo a importantes autores franceses, ingleses y alemanes, dándolos a conocer en Chile, al mismo tiempo que ejercía la crítica literaria en diversos diarios. En 1948 creó la Editorial Rapa-Nui para publicar obras sólo para niños y jóvenes. En ella aparecieron varias de sus conocidas nouvelles, entre las que sobresalen *La Porota, Cuando el viento desapareció, El crimen de la calle Bambi, Memorias de una sirena, Las aventuras de Totora, Kid Pantera y Mac, el microbio desconocido*. En 1968 recibió el Premio Nacional de Literatura.


CÓDIGO 6733
I.S.B.N: 978-956-12-1318-0
9 789561 213180

Mac, el microbio desconocido

HERNÁN DEL SOLAR

ZIG-ZAG

Índice

1
Una asamblea extraordinaria

Si alguien hubiera pasado por ahí aquel día, por cierto que habría dicho: "¡Qué lugar tan hermoso y apacible!".

Y, en realidad, así era. Nada le faltaba a aquel sitio para tener la romántica belleza de las tarjetas postales que se venden a montones en las ciudades y en los pueblos. Porque, vamos viendo con calma: al lado izquierdo del paisaje había un lago; junto a él, un sauce llorón inclinaba sus ramas con el evidente deseo de mirarse en las aguas quietas; y los pájaros, muy a menudo, iban y venían de aquí para allá, en ese paisaje encantador. Al lado derecho había unos árboles, y detrás aparecían unos montes.

Cierta mañana pasó por ahí un hombre melenudo, con un sombrero de anchas alas. Apenas vio aquello, sacó un papel y un lápiz y comenzó a escribir:

¡Oh lago junto al sauce melancólico!
¡Oh sauce junto al lago transparente!
Paisaje simbólico
eres la vida quieta de mi mente.

No se movió ni una sola rama cuando el hombre melenudo escribió aquello. No cabía duda: el paisaje deseaba ser la representación exacta de la quietud.

Pues bien: si continuamos creyendo que este paisaje es quieto, manso, apacible y seductor, nos equivocamos de la manera más lamentable.

Y como aseguramos algo que exige una inmediata explicación, vamos a darla en seguida. No queremos que se nos tenga por exagerados y gruñones.

El paisaje no es apacible, a pesar de su aspecto. Y no lo es porque viven en él unos seres peligrosos, que ahora acaban de decidir reunirse en una asamblea extraordinaria.

Dirán ustedes: "¿Y dónde están esos peligrosos seres que no se ven por ninguna parte?".

¡Ah! Esto es, justamente, lo que más debe inquietarnos. Los seres peligrosos se encuentran a dos o tres pasos del sauce, a orillas del lago, y aunque parece que están escondidos, la realidad es muy distinta: no necesitan esconderse porque nadie los ve.

¿Y entonces? ¿Cómo es posible que sean peligrosos si tienen un tamaño inverosí-milmente pequeño?

Vamos a decirlo con una sola palabra: son microbios. ¡Microbios junto al lago! ¡Negros microbios de larga cola! ¡Terribles microbios que van a reunirse en asamblea!

Ya está: ahora todo el mundo nos cree. No necesitamos explicar nada más. La sola palabra microbio ha dicho más que siete gruesos libros.

¿Cuántos son? Sabemos su número exacto: once millones quinientos veinte mil setecientos cincuenta y cuatro.

Entre ellos hay dos que sobresalen: uno, el viejo, llamado el Patriarca; otro, el joven, llamado Mac.

Desde hace mucho tiempo viven allí. Antes eran menos, considerablemente menos; pero al paso que van las cosas, serán dentro de poco más de veinticinco millones. Los microbios se parecen a los conejos y a los chinos: nacen y nacen cada día, y sólo mueren cuando están

muy viejos.

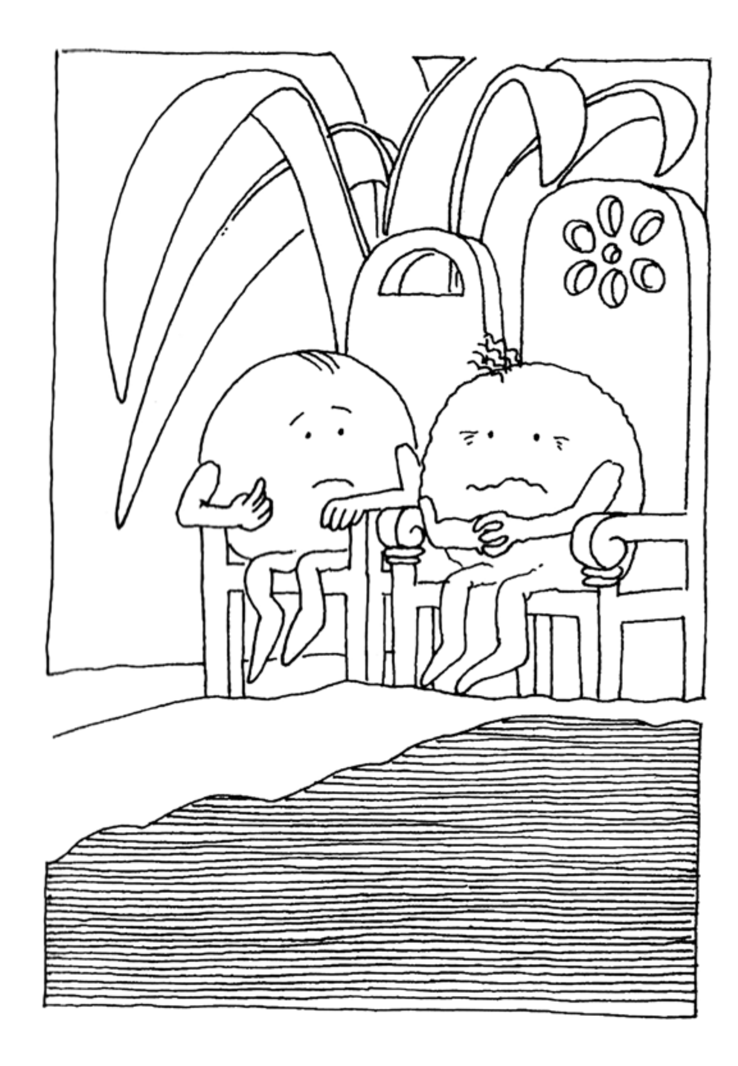
El Patriarca, precisamente, está muy viejo y teme morir. Por eso ha pedido que su tribu innumerable se reúna en asamblea general extraordinaria. Y como todos respetan al Patriarca, la asamblea se va a realizar ahora mismo.

Miremos un poco. No tengamos miedo y sepamos de una vez por todas cómo es una reunión de microbios. Sin mentir en lo más mínimo, declaramos que se trata de un espectáculo curioso. Se han juntado en torno de una hierba menuda, que para ellos es tan grande como para nosotros el Arbol del Bien y del Mal, que no conocimos nunca y estaba en el Paraíso, abanicando las nubes con sus hojas de mil colores.

En primer término, se encuentran los más fuertes y los más sabios; detrás, los más débiles e ignorantes. Al centro, al pie de la hierba, en un trono vemos al Patriarca, y en otro a Mac. El Patriarca es el representante de la sabiduría de su pueblo; Mac lo es de la fuerza. Reunidos ambos, constituyen el gobierno.

Se produce un silencio profundo. El lago duerme. El sauce parece haberles dicho a todas sus hojas: "No se muevan".

De pronto se levanta la cabeza del Patriarca, y como todos están mirándolo, saben que ésta



es la señal del comienzo de su discurso. El silencio es más hondo todavía. Y dice el Patriarca, con su voz serena:

—Pueblo mío, aquí estamos todos. Reconozco las caras de los que están más cerca, y reconocería todas las caras si las fuera mirando una a una, a cortísima distancia. Mis ojos ya no son los de antes: veo mal, y esto indica mi vejez. Por eso he deseado que nos congreguemos. Quiero darles mis últimos consejos. Dentro de poco ya no estaré con ustedes. Pero una ambición muy natural me induce a desear que, cuando me haya ido, todos puedan decir en voz alta: "El Patriarca no nos engañó nunca, y debemos recordarlo siempre". Ahora mi voz se eleva para revelarles la experiencia acumulada en mi larga vida. Escuchen con atención, porque no podré repetir nada.

Al decir esto, dos microbios asistentes se acercaron al Patriarca y le enjugaron el rostro, pues el sudor corría por él, debido al esfuerzo. Todos los asambleístas aprovecharon esta oportunidad para moverse en sus asientos y para toser un poco, exactamente como hacen los hombres en los conciertos, apenas el director de orquesta baja la batuta y espera los aplausos. Pero el Patriarca se repuso pronto. Estaba avergonzado de su debilidad, y se prometía seguir su discurso sin desfallecimiento, hasta el final.

—Pueblo mío —volvió a decir—: somos los microbios desconocidos. El Hombre, nuestro eterno enemigo, no nos ha descubierto todavía. Por eso tenemos que proceder siempre con mucho cuidado. El día en que el Hombre nos descubra, luchará con nosotros. Y yo sé por experiencia que el Hombre posee armas muy violentas, superiores a las nuestras, si no en número, al menos en eficacia. En un principio somos capaces de derribar al Hombre. Y entonces nos regocijamos. Pero el Hombre se levanta, se encierra en unos arsenales diabólicos, que él llama laboratorios, y termina por inventar la manera de derribarnos a nosotros. De aquí, pues, que me atreva a aconsejarles lo siguiente: sigamos siendo los microbios desconocidos.

—¿Cómo lo conseguiremos? —gritaron varias voces.

—No acercándonos al Hombre. Cuando sintamos ganas de matar, busquemos hábilmente a nuestro enemigo. Hay en el mundo numerosas bestias que no saben defenderse. Esto es lo que yo, el Patriarca, les pido: no nos dejemos descubrir.

Hubo entre los microbios un rumor de

descontento. Lo hacían los partidarios de Mac, el joven. Entonces el Patriarca, comprendiéndolo, dijo:

—Yo he hablado con absoluta sinceridad. Voy a morir y quiero aconsejarles bien. Reconozco que mi sabio consejo no agrada a la juventud, siempre amiga de peleas. Cedo, pues, la palabra a Mac. Yo lo escucharé atentamente y en seguida le diré qué es lo que me parece mal en su discurso.

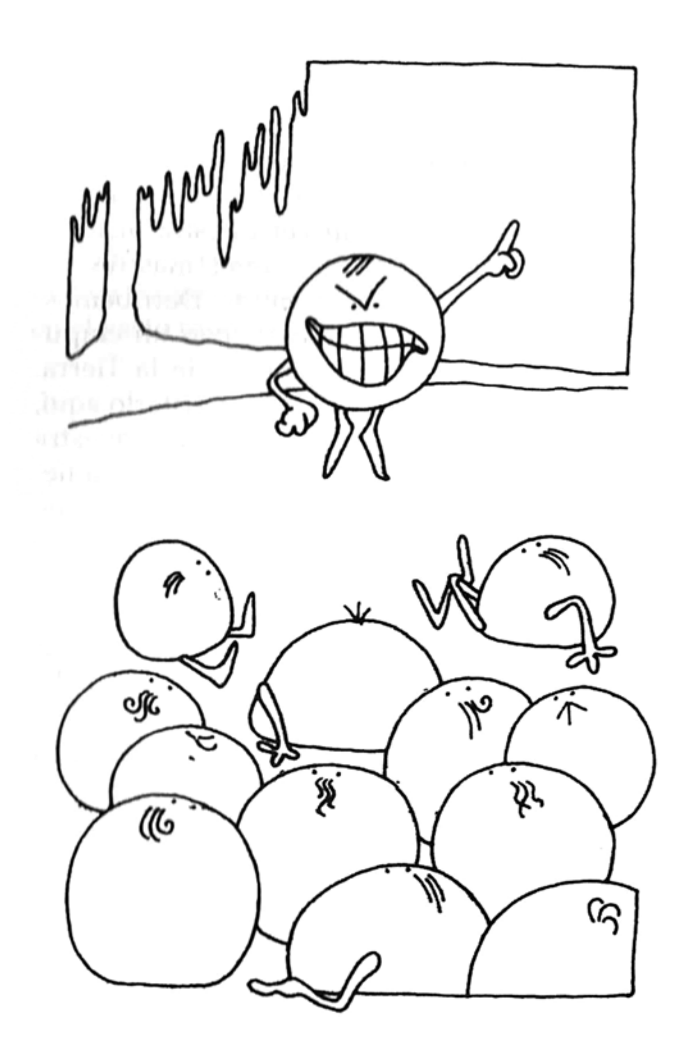
Tosió el Patriarca y volviéndose a Mac le dijo cortésmente:

—Tienes la palabra.

Mac advirtió que todo su pueblo le miraba. No podía defraudarlo. A la muerte del Patriarca, sería Mac el jefe absoluto. Era el momento, pues, de presentar su programa de acción. Y lo hizo de esta manera, con voz vibrante.

—Compañeros, en la paz y en la guerra, amigos de cada día: hemos oído al Patriarca, y respetamos su parecer. Pero el Patriarca ha querido que yo hable, y al hacerlo, me veo en la obligación de atacarle, de contradecirle, de exigir una conducta muy distinta a la que él propone.

Hubo bullicio entre los microbios. Los viejos fruncían la cara y la cola; los jóvenes aplaudían a su manera. Mac aguardó a que



volviera el silencio y añadió:

—No debemos seguir siendo los microbios desconocidos. Muy poca honra significa para nosotros el estarnos quietos delante de este lago, a los pies de este sauce, sin que seamos capaces de enriquecer nuestra historia. Si el Hombre es fuerte, seamos más fuertes que él. Ataquemos al Hombre. Derribémosle. Vayamos valerosamente, con un empuje incontenible, a la conquista de la Tierra. ¿Cuál es nuestro poder? Voy a gritarlo aquí, para que nadie lo ignore en adelante: nuestra fuerza consiste en ser los microbios de la fiebre reidora. Hagamos reír al Hombre y que muera riendo febrilmente, porque nosotros lo queremos. ¡Nada más! Este es nuestro destino. Volverle las espaldas es ser cobardes. Y no creo que nadie desee, entre nosotros, vivir amarrado a la cobardía como este sauce infeliz vive llorando a la orilla del lago somnolento.

Estas palabras de Mac produjeron una explosión de entusiasmo. Los jóvenes se levantaban para pasear a Mac triunfalmente, y ya no había manera de pedir silencio y calma.

—¡Ay de mi pueblo! —se oyó exclamar al Patriarca, que cerraba los ojos y hacía tiritar su cola de un modo lastimero.

Entonces los viejos tomaron al Patriarca, lo metieron en su coche de ceniza y se lo llevaron.

—Más tarde comprenderán todos que la razón está contigo —le decían para consolarlo.

Pero el Patriarca iba sumido en un hondo dolor. Y esa misma noche, cuando un búho cantó tres veces en el sauce, murió sin decirle nada a nadie, como mueren tantos Patriarcas en el vasto mundo.

2

Los funerales y otras cosas de importancia

Los microbios mueren y son enterrados sin grandes ceremonias. Sin embargo, no se crea que el Patriarca desapareció bajo la tierra sin que su pueblo le acompañara hasta su tumba de piedra, que se hallaba al otro lado del lago.

Tenían los microbios unos cornetines largos y unos tambores redondos. Cuando los tocaban, manifestaban su pena o su alegría con mucha ciencia. Nadie oía esta música sino ellos. ¿Y para qué más auditorio?

Pues bien: el día del entierro del Patriarca, adelante marcharon los cornetines y los tambores, detrás venía una enorme carroza arrastrada

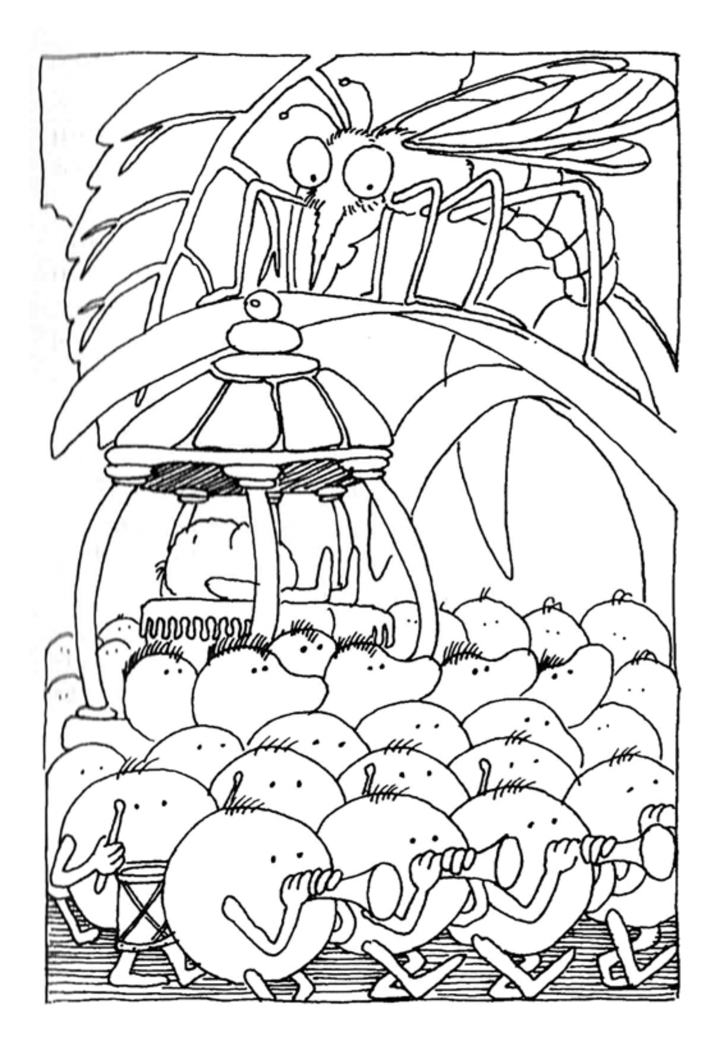
por microbios inferiores a los de la tribu, y por ellos considerados como caballos. Después seguía el pueblo, rodeando a Mac, que debía pronunciar el discurso fúnebre.

Caminó el cortejo largamente. Unos mosquitos, a orillas del lago, se detuvieron a mirarlo. Y el sol alumbraba la escena con sus rayos más poderosos. ¡Qué calor hacía!

Cuando el pueblo se encontró ante la tumba de piedra del Patriarca, las miradas se volvieron hacia Mac, que al poco rato, y con su voz vibrante, dijo un discurso tan conmovedor, que no hubo nadie que no llorara.

Pero vino después el regreso. El Patriarca quedó enterrado y había que pensar ahora en el nuevo jefe: Mac. El pueblo se reunió a gritarle que hablara. Y Mac, asomándose al balcón de su morada verde, dijo sin parar las siguientes cosas, dignas de él:

—¡Se acabó la quietud! Ahora viviremos peligrosamente, y nuestros nietos tendrán que agradecernos que hagamos algo interesante para que ellos tengan motivos de conversación. La Historia es nuestra preocupación actual. Y la Historia nos contempla, llena de esperanzas. ¿Qué puede querer decir esto? Algo muy simple: combatiremos al Hombre en adelante. Dejaremos de ser microbios



desconocidos. La fama caerá sobre nuestros cuerpos como cae el rocío sobre las plantas, como cae la luz sobre la tierra, como cae mi voz llena de entusiasmo sobre los generosos corazones de ustedes.

Aquí los aplausos fueron interminables. Mac sonrió satisfecho y prosiguió con energía:

—¡Muerte al Hombre! ¡Muerte al Hombre! Pero ahora descansemos hasta mañana, día en que daré a conocer mi programa de guerra.

Se marcharon los microbios, estremecidos de una secreta fuerza, deseosa de entrar en acción.

—Empieza una nueva vida para nosotros —comentaban, gesticulando como sólo saben los microbios hacerlo.

Pero los viejos ponían mala cara al advertir tanto entusiasmo. Para ellos, la vida quieta era ideal, y no había de ser cambiada debido a la ambición de un jefe poco sabio.

—Ahora que Mac está encerrado con sus consejeros y no puede oírnos —dijo un microbio viejo, en un grupo importante—, yo opino que debemos abrirles los ojos a los jóvenes. Se han dejado tentar fácilmente por la elocuente palabra del caudillo. Es imprescindible devolverles la cordura.

—¿Y quién es capaz de hablarles como es debido? —preguntó otro de los ancianos, poco dispuesto a asumir semejante papel.

—¡Yo! —exclamó un microbio que ya se estaba poniendo gris, pero que aún conservaba intacta su vitalidad.

—Pues, entonces, háblales —le ordenaron los demás, llenos de impaciencia.

El microbio gris se acercó al grupo de los jóvenes y les gritó:

—¡Una palabra, señores! ¡Una sola palabra, antes que cada cual se vaya a su habitación!

Los jóvenes se detuvieron y aguardaron. Entonces el microbio gris se trepó en una piedra y decidió ser astuto y audaz. Si combatía inmediatamente las ideas de Mac, nadie le escucharía; en cambio, si parecía apoyarlas, para combatirlas después, sus posibilidades de buen éxito eran muchísimo mayores.

—Amigos —exclamó con su voz más potente—: ha llegado el momento de reconocer una gran verdad. Y voy a decirla: una gran desgracia (o sea, la desaparición del Patriarca, nuestro recordado jefe, lleno de sapiencia) nos abre el camino de una gran felicidad. Hasta ahora hemos vivido entregados al ocio, y si no podemos quejarnos de nuestra vida, que ha

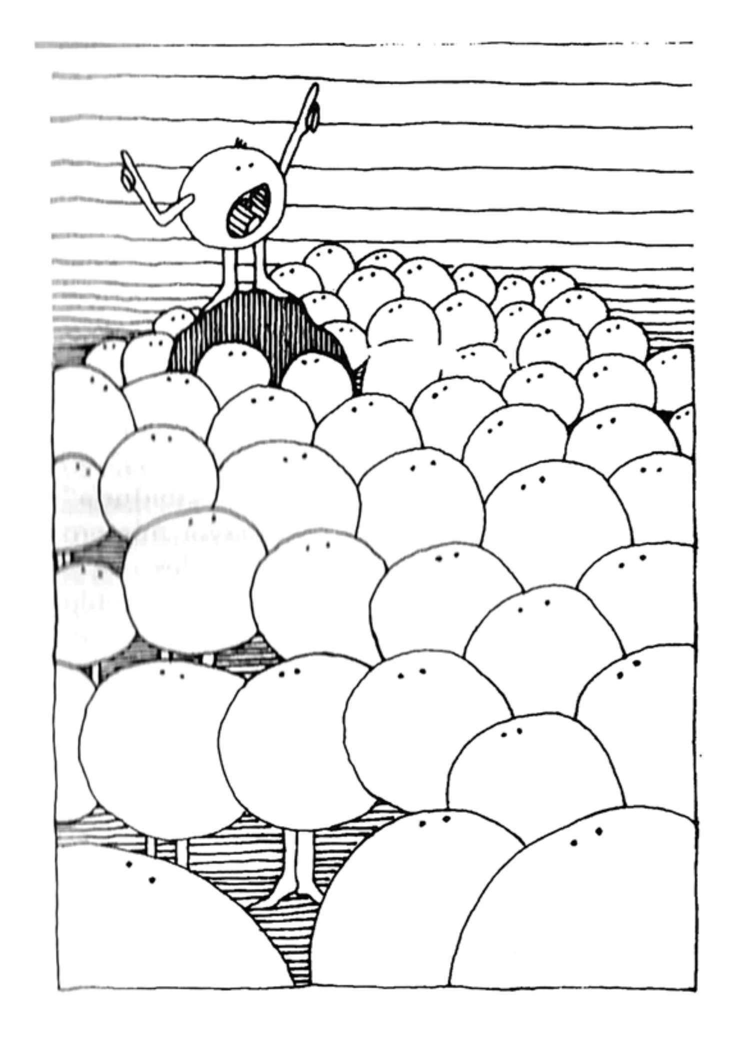
sido siempre amable, nos encontramos ahora en el umbral de una era distinta, seguramente gloriosa.

Los muchachos aplaudieron con energía.

Las palabras del microbio gris eran, precisamente, las que deseaban escuchar. Pero el orador hizo un gesto, pidiendo silencio, y en cuanto lo tuvo, agregó:

—Yo soy uno de los más ardientes partidarios de Mac, magnífico jefe, en el cual reconozco las más grandes virtudes de conductor de nuestros destinos. Mac reúne en sí la fuerza y la sabiduría. Estas dos virtudes no pueden separarse, si queremos triunfar. Con sólo la fuerza vamos hacia peligros inmensos, que después no sabremos combatir; con sólo la sabiduría no vamos a ninguna parte.

"Pero para una aventura como la que vamos a intentar dentro de poco, apenas Mac nos dé a conocer su programa, debemos saber, ante todo, cuál debe primar: la fuerza, con su empuje, o la sabiduría, con su astucia y su ciencia. Una de las dos debe dirigir a la otra; esto es absolutamente necesario. A mí me parece, admirando como admiro a Mac, que él sabrá decidir cuál de estas dos virtudes debe ser la primera, la esencial. Y estoy seguro de que decidirá que el papel de jefe le corresponde a



la sabiduría. Es ella la que organiza, la que descubre, la que encuentra los métodos de acción: y la fuerza es la que ejecuta, la que da el triunfo, la que escribe la Historia, trazada ya, de antemano, por la sabiduría".

—¡Bravo! —gritaron los viejos.

Y como los jóvenes estaban entusiasmados, no tuvieron ningún inconveniente en gritar también, con todas sus energías acumuladas:

—¡Bravo! ¡Bravo!

El microbio gris siguió hablando entonces.

—¿Qué llamo yo —dijo— "sabiduría", en el caso actual? Algo muy sencillo: "sabiduría" es el hacer muchas cosas, el mayor número posible de cosas grandes y memorables, con el menor número de riesgos. Somos un pueblo abundante, y cada día lo seremos más. Necesitamos probar nuestras fuerzas. Pero no las probemos lanzándonos todos nosotros en una aventura que puede sernos fatal. Mac ha dicho que debemos atacar al Hombre, y vencerlo. ¡Muy bien! Pero ¿no sería conveniente que eligiéramos a un grupo de los nuestros, a los más decididos, para que intentaran la aventura? Nosotros aguardaríamos los resultados, listos para lanzarnos al ataque apenas juzguemos que nuestras posibilidades de victoria son

claras y seguras. Si el Hombre vence al primer grupo de avanzada, enviaremos otro grupo mejor preparado. De este modo, por etapas, lograremos el triunfo final. En cambio, si ahora nos lanzamos todos de cabeza en este peligro, ¿no es perfectamente posible pensar que todos podemos perecer? En tal caso, no tendremos gloria. La muerte de nuestras ambiciones será, simplemente, la muerte de nuestro pueblo.

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Insuperable! —gritaron los viejos, agitando la cola.

—¡Bien! ¡Muy bien! —gritaron los jóvenes, ya no tan entusiasmados, pues lo que ellos deseaban era una acción inmediata.

El microbio gris se dio cuenta de que debía seguir hablando todavía, para convencerlos más profundamente, y añadió:

—Lo que pido es muy simple: escuchemos mañana a Mac. Esto es lo primero. Escuchémosle y aplaudámosle como se merece. Pero si él quiere lanzarnos a todos nosotros al ataque de los hombres, atrevámonos a sugerirle que, antes de hacerlo, prepare una brigada de asalto y la dirija contra el enemigo. Si los resultados de la lucha son halagadores, todos nos lanzaremos después a la conquista de nuestra gloria imperecedera.

Esta vez fueron los jóvenes los que gritaron

primero sus vítores; estaban seducidos por aquello de la brigada de asalto, y cada cual soñaba pertenecer a ella.

El microbio gris, satisfecho de su discurso, se bajó de la piedra y se dirigió al grupo de los viejos. Entretanto, los jóvenes se alejaban, comentando en voz alta:

—¡Muy bien hablado! Me parece muy cuerdo todo lo que ha dicho —declaraban unos.

—La idea de la brigada de asalto es espléndida —decían otros—. Pertenecer a ella será un honor muy codiciado.

—¡Ya verá el Hombre cómo lo hacemos desaparecer de la Tierra! —exclamaban los demás.

El microbio gris, mientras tanto, recibía las felicitaciones de los viejos:

—Has hablado como solía hacerlo el Patriarca en sus mejores días —le aseguraban—. Los jóvenes están plenamente convencidos ahora de que no es posible que todos compartamos una suerte incierta, como Mac lo quiere.

Y, al poco rato, no quedó nadie por el camino. Cada microbio se metió con su familia en el hogar. Y el lago siguió dormitando delante del sauce que agitaba levemente sus ramas.

3
Mac recibe una sorpresa

Al otro día, Mac estaba lleno de fuerza y resolución. A cada instante les decía a sus ayudantes de confianza:

—¡Hoy es una fecha importantísima! No sólo tendremos que recordarla nosotros. También los hombres la recordarán cuando se lleven las manos a la cabeza y exclamen: "¿Pero qué nueva enfermedad es ésta?". Y no será fácil que descubran que yo, Mac, he decidido que la fiebre reidora los ataque en sus guaridas y los mate como ellos matan a las moscas, nuestras buenas hermanas.

Los ayudantes sonreían, compartiendo tan inmensa esperanza y tan risueña visión. ¡Ah, matar a los hombres, qué delicia!

De modo que Mac ordenó de repente:

—Congreguen a mi pueblo en seguida. Ha llegado el momento del maravilloso destino.

Dos de sus ayudantes subieron por el palacio de piedra de Mac y comenzaron a tocar, arriba, la sonora campana, que si bien nadie era capaz de oír, casi ensordecía a los microbios con sus sones roncos y prolongados.

—¡Nos llama el jefe! ¡Hay que acudir inmediatamente! —se dijeron todos.

Y con la mayor prisa posible acudieron a la llamada de Mac, por todos los caminos, en interminables columnas.

Una vez que los ayudantes vinieron a decirle al jefe que ya el pueblo estaba reunido ante el palacio, Mac se irguió con su mayor dignidad, y salió a hablarles. Fue recibido con los gritos de costumbre, y esto le llenó de alegría una vez más, pues amaba las demostraciones de admiración.

Se produjo el silencio más hondo. Y en medio de él empezó Mac su discurso:

—Pueblo mío —gritó—: somos microbios de tierra y debemos darle lustre a nuestra vida. Los microbios del aire, los del agua y los que viven en los cuerpos vivos están continuamente trabajando por su grandeza. Y nadie puede hablar mal de ellos. Son esforzados y saben conseguir lo que se proponen. Pero nosotros, que poseemos una capacidad combativa no inferior a la de ellos, hasta ahora hemos vivido en la pereza, sometidos a los halagos de la existencia amable y sin historia. Nadie nos conoce. Si continuamos así, llegará el día en que fatalmente emplearemos nuestras fuerzas en combatirnos los unos a los otros, y nos exterminaremos sin gloria. ¿Es posible? ¡No! ¡Mil veces no, pueblo mío, tan amado de mi corazón! Es necesario romper con las tradiciones del ocio y caminar hacia el futuro. El Hombre nos espera.

—¡Muera el Hombre! Gritaron todos los microbios de primera fila.

—Sí —dijo Mac— ¡Muera el Hombre! Pero no nos olvidemos de que el Hombre puede matarnos a nosotros. Y, para impedirlo, tenemos que atacarlo con todas nuestras fuerzas, con nuestra más firme decisión, sin darle tregua. Es imprescindible no vacilar. Hoy mismo debemos lanzarnos todos a la guerra. Llevaremos sorpresivamente la fiebre reidora hasta los más apartados rincones del mundo. Y no habrá ser vivo que sea capaz de vencernos. Nuestra mayor posibilidad de victoria está en la sorpresa del ataque. Mi pueblo está conmigo, y yo le ordeno que me siga...

Grande, tremenda sorpresa fue la de Mac al no escuchar inmediatamente los aplausos que se esperaba. En vez de aplausos, hubo un inmenso rumor de voces agitadas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Mac a uno de sus ayudantes.

—El pueblo parece no querer seguirte —le contestó éste, muy asombrado.

Entonces se alzó una voz y dijo:

—Mac, eres grande entre los grandes; audaz entre los audaces, y por eso te respetamos y te obedecemos. Pero ahora empiezas a demostrar que descuidas los grandes, sagrados, inamovibles derechos de tu pueblo.

El que así hablaba era el microbio gris, y Mac lo miró con sumo desdén:

—¿Qué derechos son los que yo descuido? —le preguntó, enfurecido.

—El derecho a vivir, ante todo —respondió el microbio gris.

—¡Estoy proponiendo una vida mejor! —gritó Mac.

—¿Estás seguro? —preguntó el microbio gris, sin perder su calma—. ¿No crees que puedes estar proponiéndonos una muerte inevitable?

—¿Cómo te atreves a sostener semejante cosa? —le gritó Mac, deseoso de imponerse.

—Me atrevo a sostenerlo escuchando la voz de la experiencia —le dijo el microbio gris. Hasta ahora el Hombre se defiende de los microbios con mucha sabiduría. Los deja atacar, y luego los encierra, les arranca su secreto y los mata.

—Por eso quiero sorprender al Hombre, y no darle tiempo para que nos encierre —gritó Mac.

—No conocemos a fondo cuánto tiempo necesitará el Hombre para combatirnos y vencernos —argumentó el microbio gris—. Si todos nos lanzamos en esta aventura, y el Hombre encuentra los medios eficaces, las armas que pueden derrotarnos, todos pereceremos. Y esto no es hacer historia, Mac; esto es matar a un pueblo, sin meditarlo un segundo.

Estas palabras del microbio gris tuvieron efecto inmediato. Los viejos gritaron:

—¡No queremos una aventura incierta! ¡Deseamos vivir!

—¡La vida! ¡La vida! —aullaron innumerables voces.

Esta es la primera vez que a Mac le sucedía algo parecido, de modo que, a pesar suyo, guardó silencio. Sentíase cohibido y furioso como nunca lo había estado. Entonces el microbio gris aprovechó la oportunidad que se

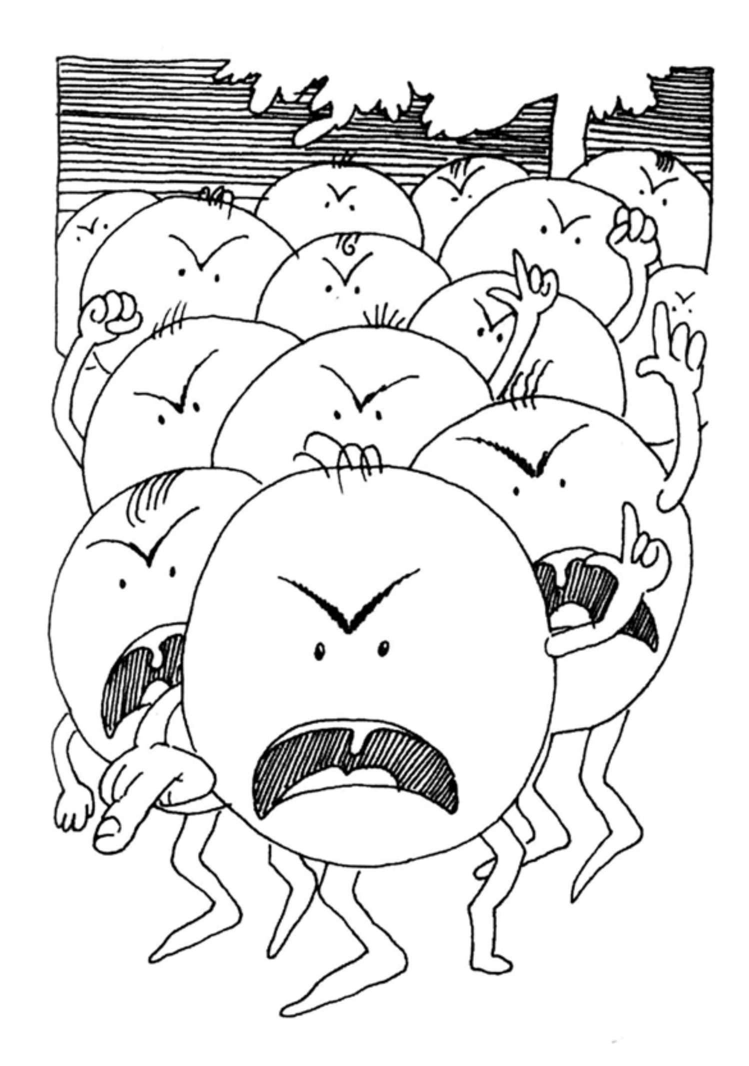
presentaba para seguir hablando, y dijo con voz potente:

—Creo interpretar el sentir de nuestro pueblo, Mac, al manifestarte que tu idea nos parece muy buena y digna de ser llevada a la práctica. Hay que matar al Hombre. Pero insistimos en que no hay que permitirle al Hombre que nos mate. Y para eso te proponemos una solución: formar una brigada de asalto. Esta brigada partirá al ataque del Hombre, nosotros sabremos con qué resultado, y en el momento oportuno nos lanzaremos tras ella, para apoyarla en su lucha, que ha de ser sin cuartel.

—¡Brigada de asalto! ¡Queremos brigada de asalto! —gritaron los jóvenes.

Mac no volvía aún en sí de tan mayúscula sorpresa. Y continuaba en silencio. Pensaba en si convendría o no que formara una brigada de asalto, no para atacar al Hombre, sino para obligar a su pueblo a seguirle. Y como éste era un grave problema, lo pensaba y volvía a pensar, siempre callado.

—Hay muchos jóvenes que se sentirían honrados de llevar por esos mundos la fiebre reidora —dijo el microbio gris—. ¿Por qué no darles esta honra? Y así, mientras ellos son felices y hacen historia, nosotros aguardamos llenos de seguridad, para ir en seguida a dar el



golpe de gracia, tras el cual no quedará sobre la tierra sino este pueblo sabio y decidido que hoy se reúne aquí.

—¿Cómo? —preguntó una voz—. ¿Te propones exterminar también a los demás microbios, para que el mundo sea totalmente nuestro?

—¿Por qué no? —dijo el microbio gris—. Si somos audaces y sabios, conseguiremos lo que nadie ha soñado jamás.

—¡Viva el microbio gris! ¡Bravo! ¡Bravo! —gritaron por todas partes.

Entonces advirtió Mac que debía intervenir, pues con semejante entusiasmo era muy posible que el microbio gris fuese nombrado jefe.

—¡Silencio! —gritó Mac, estremecido por la ira—. He tomado una resolución: acepto el sentir de mi pueblo.

—¡Viva Mac! ¡Bravo nuestro jefe! —gritaron todos, olvidándose del microbio gris.

—Pero lo acepto con una condición: seré yo el que vaya a combatir a los hombres, y sólo yo —gritó Mac—. Mientras tanto, que mi pueblo se quede creyendo engañosas palabras de quienes no comprenden nuestro destino. Y cuando yo regrese, cubierto de gloria, todos querrán ir entonces tras mis huellas. Y yo aceptaré, porque

mi pueblo es lo más querido de mi corazón y soy incapaz de negarme a sus deseos.

Hubo un silencio tremendo. Mac, sin esperar más, se entró en su palacio. En vano le gritaron mil veces que se asomara a los balcones. Mac ordenó que se tocara la campana, que, sonando nada más que una vez, quería decir: "¡A su casa todo el mundo!"

Y el pueblo se retiró, comentando lo que había sucedido. Ya lejos de la morada de Mac, un viejo se trepó en una piedra y gritó lo mejor que pudo:

—¡Un instante, señores! ¡Un instante apenas, por favor!

Se detuvieron a oírle.

—Mac nos ha anunciado su partida —dijo el viejo—. Pues bien: no podemos quedarnos sin jefe. Hasta su regreso, propongo que nuestro jefe sea el microbio gris.

Y así quedó convenido.

Entretanto, en el palacio de piedra del iracundo Mac, éste se paseaba para arriba y para abajo, maldiciendo. Y ya todos sabemos que cuando un microbio maldice, la vida entera tiembla como la hoja de un ciruelo en día de tormenta.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó uno de sus ayudantes.

—Partiré —dijo Mac—. Yo solo haré más que todo un pueblo que se olvida de sí mismo.

—No te abandonaremos —le declararon sus ayudantes—. Donde tú vayas, iremos sin titubear. Tu vida es nuestra vida. Déjanos acompañarte.

Mac se detuvo ante el grupo de ayudantes, y les dijo:

—Desde este momento queda establecida la brigada de asalto. Ustedes la forman. Yo soy el jefe.

Y después de meditar unos segundos, añadió:

—Comuníquese inmediatamente mi voluntad.

Los ayudantes se inclinaron y corrieron a comunicar al pueblo la voluntad de Mac, el impetuoso.

4
El viaje en un morral

Desde que el pueblo supo la noticia, todo el mundo vivió acechando a Mac. Deseaban saber cómo se marcharía de allí. Esto parecía tan difícil que algunos movían la cabeza y la cola, para decir con ironía:

—Mac se morirá de viejo aquí; no lo duden.

En realidad el proyectar un viaje no es lo mismo que hacerlo. Para un microbio de tierra, en un paisaje como aquél, no había muchas esperanzas de marcharse lejos. Y Mac se desesperaba al pensarlo.

—¡No hay una mosca siquiera! —les decía a los ayudantes—. ¡Maldito lago, que no atrae a alma viviente! ¡Maldito sauce, que no sabe sino llorar! Hemos nacido en el peor rincón del mundo.

Pero la verdad es que la suerte decidió acompañar a Mac en medio de su desesperación. De repente se oyó un ruido sobre el lago. Mac se asomó a su ventana y sintió que iba a estallar de alegría. Un pajarito de vivos colores, con un penacho, venido de quién sabe dónde, cruzó las aguas del lago y vino a pararse a la orilla, muy cerca del palacio del jefe.

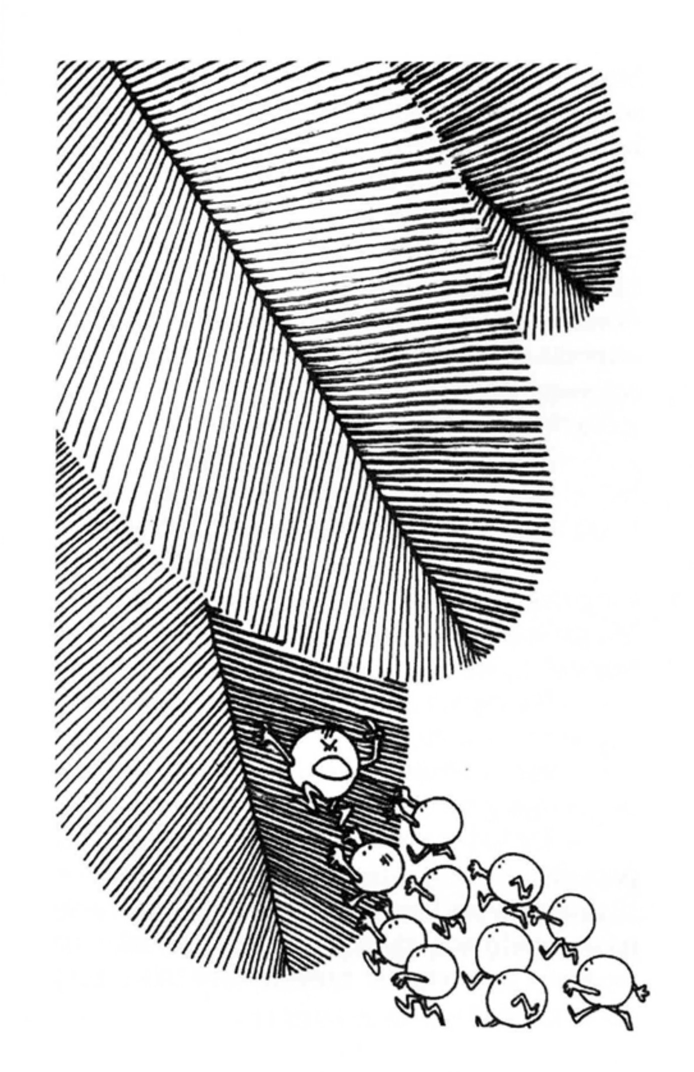
—¡Adelante! —gritó Mac—. Nuestra ocasión ha llegado.

Y salió con sus ayudantes —que eran diez— a paso rapidísimo, hasta llegar junto a la pata del pajarillo, que se hundía un poco en el barro.

—¡Arriba! —gritó Mac.

Y los microbios empezaron a trepar con destreza. Se reunieron en una pluma y aguardaron allí los acontecimientos. Se hablaban en voz baja, como temerosos de que el pájaro les oyera; pero éste se encontraba muy entretenido mirando el paisaje. Hacía tiempo que no veía un lago como ése. ¡Y qué sauce tan encantador! Entornaba los ojos el pájaro y agradecía a su suerte viajera el haberle traído a un paraje tan quieto y hermoso.

Pero es muy sabido que cuando las cosas empiezan a marchar bien, siguen adelante. Así, pues, no sólo apareció un pájaro en aquellos



lugares. Al poco rato, como por arte de magia, se oyeron voces. Eran altas voces, como las de los hombres.

—¡Chit! —les susurró Mac a sus ayudantes—. La suerte nos sonríe.

Los hombres que venían por el camino eran tres. Uno de ellos, de regular edad; los otros dos, muy jóvenes. Pero lo que verdaderamente importa es que los tres eran cazadores. Traían sus escopetas en bandolera, el morral al cinto, y charlaban alegremente.

—Nos hemos metido en un sitio en que no hay ni la sombra de un pájaro —dijo uno de los hombres—. Esto es como andar por el limbo.

—¡No exageres! —exclamó el otro—. A mí me parece un sitio encantadoramente tentador. Me gustaría tener aquí mi casa. ¡Qué paz se respira!

—No es paz lo que buscamos, sino algún animalillo al cual meterle un tiro en el cuerpo —expresó el tercer cazador—. Y si esto sigue así, hemos perdido un día.

—De todos modos, nos ha servido el viaje para distraernos —dijo uno de los cazadores—. No siempre podemos andar con suerte. Mañana o pasado nos irá mejor. Al fin y al cabo, no cazamos para vender nuestra caza, sino para divertirnos.

—¡Silencio! —murmuró uno de los cazadores de pronto, preparando con lentitud su escopeta, deseoso de no hacer ruido.

—¿Qué hay? —preguntó uno de sus compañeros.

—Allá veo un pájaro durmiendo —susurró el cazador—. Lo haré despertar en la otra vida. Es lo menos que podemos hacer con él, ¿no les parece?

Y después de apuntar con su acostumbrada prolijidad, apretó el gatillo. Sonó el disparo. Se estremeció el paisaje entero. Y el pájaro, mortalmente herido, cayó al suelo. Intentó volar, pero sus alas no le servían ya. Y se quedó quieto.

—Lo mataron —dijo Mac a sus ayudantes—. Andamos con suerte, les repito. Ahora nos iremos, sin esforzarnos, con los cazadores.

—¡Qué de cosas sabes! —murmuró uno de sus ayudantes—. Yo no hubiera sabido qué hacer en tales circunstancias.

—Para algo soy el jefe —dijo Mac, lleno de orgullo.

Entretanto, los cazadores corrían hacia el pajarillo de los vivos colores. Estaba muerto. Lo tomaron tranquilamente y lo metieron en un morral.

—No es una gran cosa —dijo uno de los

cazadores—. Ni se come siquiera. ¿Qué pájaro es éste?

Los otros le respondieron que no lo conocían. Y como lo desdeñaron, no hablaron más de él y siguieron su marcha.

—¿Dónde estamos? —preguntó uno de los ayudantes—. Aquí está oscuro ahora.

—Vamos en un morral —repuso Mac—. No te inquietes. Ya saldremos de aquí.

Y dentro del morral anduvieron horas. Por fin, los cazadores se encontraron cerca de su casa. Habían caminado largo tiempo y estaban cansados. Otros pájaros habían venido a ocupar el morral; pero Mac les aconsejaba a sus ayudantes que no se movieran de allí donde estaban, metidos en una pluma del pajarillo de vivos colores.

—El día no ha sido tan malo como creíamos en un principio —observó uno de los hombres.

—En realidad, no podemos quejarnos dijo otro—. Fuera de ese pajarillo que matamos primero, y que no sirve para nada, los demás son muy apetitosos.

En ese momento se abrió la puerta de una casa que aparecía entre unos árboles, al fondo del camino. Y una niñita rubia, de grandes trenzas, salió corriendo al encuentro de los cazadores.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba, abiertos los bra-



zos, mientras corría.

El cazador de regular edad se detuvo, se inclinó cariñosamente, y también abrió los brazos. No tardó la niña en estar entre ellos, que la estrecharon con dulzura.

—¿Y has cazado mucho, papá? —preguntó la niña.

—Bastante, María Angélica. Y te traigo un regalo.

—¿Un pajarito vivo? —quiso saber la niña, ansiosa.

—No, María Angélica. Desgraciadamente, está muerto. Pero tiene unas plumas de vivos colores. Escogerás dos o tres y te servirán de adorno en el sombrero, o para que se las des a tu muñeca.

—¡Para ella! ¡Para ella, papá! —gritó la niña—. Quiero ver ese pájaro. ¿Por qué no me lo das en seguida?

—Te lo daré en casa —dijo el hombre—. Está al fondo de mi morral, porque fue el primero que maté.

—¿Y por qué lo mataste, si era lindo? —se quejó la niña.

—Será la última vez, te lo prometo, María Angélica. En adelante, cuando sean lindos, trataré de dártelos vivos.

Y se dirigieron a la casa. Los cazadores se

desprendieron de sus escopetas y las dejaron encima de una mesa. Después abrieron los morrales. Al fondo de uno de ellos estaba el pájaro de vivos colores, plegadas para siempre sus alas.

—¡Oh papá, qué hermoso es! ¡Qué lindo debía de ser su canto! ¿Por qué lo mataste? —insistió la niña.

—No te apenes —dijo el padre—. Lo enterraremos en el jardín, y tú irás todos los días, con tu muñeca, a conversarle.

—¿Y las plumas que me prometiste? —preguntó la niña.

—Míralas bien, y dime cuáles son las que prefieres —repuso el padre.

—Las del penacho —eligió la niña—. Le haré con ellas un sombrero a mi muñeca.

Con mano experta, el cazador desprendió tres o cuatro plumas, y se las tendió a María Angélica.

—¡Atención! —les gritó Mac a sus ayudantes, seguro de que no les oirían los hombres.

María Angélica tomó las plumas, las contempló largo rato, y después de repetir que eran muy bellas, se las llevó a la nariz:

—Huelen a campo, y a vida, y a canto de pajarillo —murmuró la niña.

—¡Atención! —volvió a decir Mac—. En cuanto yo lo indique, salimos de aquí y nos acomodamos en otra parte.

La niña volvió a llevarse las plumas a la nariz. Cerró los ojos para aspirar ese olor que la fascinaba.

—Aquí está húmedo, como junto al lago —murmuró uno de los seguidores de Mac.

—¡Calla! —ordenó el jefe—. Caminemos con rapidez. Tenemos que internarnos mucho más.

Y así lo hicieron, mientras María Angélica corría a su cuarto y tomaba a su muñeca. Le puso las plumas junto a la sien, y murmuró con cariño:

—¡Qué linda estás, Lulú! ¡Qué linda, con las plumas que te da tu madre! ¿Estás contenta?

Lulú sonreía. Era feliz, indudablemente; tan feliz como María Angélica.

5
Mac delibera y ataca

Mac había conducido a los suyos por la nariz, para descender luego por la garganta y continuar el viaje. Buscaba el sitio preciso en que deseaba establecerse para atacar. Lo encontró en mitad del pecho.

—Aquí es —murmuró—. Ahora deliberaremos un poco. No podemos titubear. Nuestro tiempo no es ilimitado. Si queremos hacer nuestro primer ensayo de guerra, lo primero es decidirse, para regresar en seguida a nuestro pueblo y poder decir con orgullo: "Aquí estamos. Hemos vencido. ¿Hay alguien ahora que dude de nosotros?"

—¿Y cómo vamos a regresar? —preguntó uno de los ayudantes.

Mac le lanzó una mirada colérica.

—Eso lo veremos después —dijo—. Lo que ahora importa es atacar. ¡Adelante!

Y entraron en acción los microbios. Furiosamente se lanzaron sobre la sangre de la niña, sobre su carne frágil, sobre su vida hermosa.

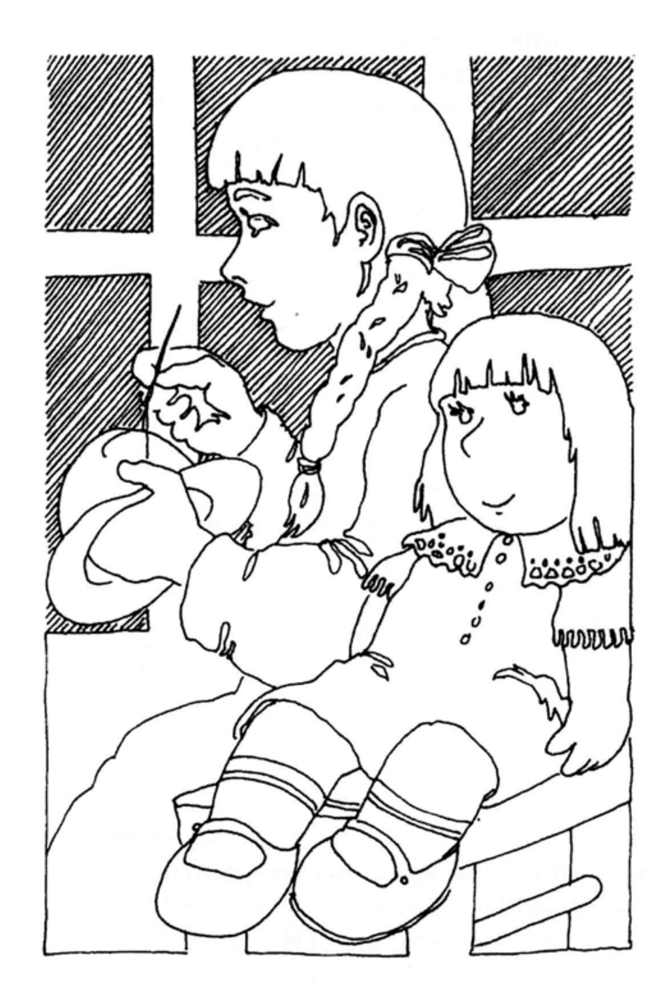
Estaba María Angélica sentada junto a una ventana. Lulú, en una sillita, la miraba, sonriendo, porque le cosía un sombrero verde en el cual estarían las plumas de vivos colores. De vez en cuando miraba la niña a su muñeca, y le decía:

—Ya lo ves: tu madre no descansa, trabajando para ti. Yo quiero que tengas un sombrero bonito, para que me acompañes en mis paseos. Pronto lo terminaré, y entonces sí que vas a estar contenta.

Pero repentinamente sintió María Angélica que el corazón le latía con fuerza, como diciendo: "¡Qué trabajo!" y le ardían las sienes, como diciéndole: "Descansa". Y le tiritaban las manos, como diciéndole: "Ya no podemos más".

—No sé qué me ocurre, Lulú —dijo María Angélica—. Parece que estoy enferma. Si tengo que acostarme, descansarás conmigo. Y yo te contaré lindos cuentos para que no te aburras.

Dejó de coser. De vez en cuando tenía unos



escalofríos violentos, que la desasosegaban. Una sorda angustia se iba apoderando de ella.

—Vamos a tendernos un rato, Lulú —dijo la niña, cogiendo a su muñeca y llevándosela a su cama, donde se recostó.

Cerraba los ojos. Le pesaba horriblemente la cabeza. Deseaba dormir, no moverse, quedarse allí, junto a Lulú, durante días y años, hasta que aquello desapareciera.

De súbito se abrió la puerta y entró la madre, una mujer alta, rubia, de cariñosa voz.

—¿Estás ahí, María Angélica? —preguntó—. Te he buscado por toda la casa. Te he llamado mil veces. ¿Por qué no me contestas?

La niña sentía la voz de su madre como algo muy lejano. Deseaba responder, pero sus fuerzas flaqueaban. Entonces la madre se acercó de prisa a la cama, puso una mano en la frente de María Angélica, y palideció intensamente.

—¡Estás ardiendo! —exclamó—. Te vas a acostar en seguida. ¿Qué tienes, hijita? ¿Desde cuándo te sientes mal?

María Angélica respondía cosas extrañas, que no eran las que debía responder. Decía por ejemplo:

—Hay un caballo azul en el monte, y galopa hacia acá. Viene. Lo oigo. ¡Deténganlo! Va

a entrar en el cuarto. ¡Cierren la puerta!

—¡Delira! —murmuró la madre, temblando.

Y en seguida llamó a todos los de la casa. Acostaron a María Angélica y a Lulú la pusieron en su cuna, en un rincón.

—Iré en busca del médico —dijo el padre—. El pueblo no queda lejos. Que ensillen inmediatamente mi caballo.

Y poco después se oía un galope en dirección del pueblo.

Entretanto, la madre, junto a María Angélica, trataba de calmarla. Y la niña continuaba ardiendo como si un fuego muy grande la quemara por dentro. Decía otras cosas, siempre extrañas.

—Lulú tiene un sombrero con una rana que crece y es más grande que ella. ¡Qué divertida se ve! ¡Y cómo se asusta Lulú! Pero la rana mueve los ojos y se pone a cantar.

María Angélica, agitándose en la cama, imitaba a una rana que canta en los campos. Y de vez en cuando reía alegremente, estremeciéndose de pies a cabeza. Después callaba. Mantenía cerrados los ojos, y parecía dormir. Pero volvía a hablar al cabo de un rato. Y reía. Reía con toda su alma, mientras su madre sentía que cada risa de la niña era como un filudo

puñal que se le entraba en el corazón.

Se oyó, por fin, el rumor de un coche. Pisadas de caballo ante la casa. Y una voz, la del padre, que decía:

—Por aquí, doctor. Tenga la bondad.

Entraron en el cuarto. El doctor era un hombrecillo grueso, de barba puntiaguda, vestido de negro. Sonreía y preguntaba cosas y más cosas, como si no hubiera necesidad de darse prisa. La madre sufría y explicaba que la niña se había enfermado de repente, que no sabía qué era aquello, que siempre había sido sana, que se la cuidaba como a una princesa, que era menester sanarla en seguida, porque de otro modo ella se moriría sin poderlo remediar.

—¡Calma! ¡Un poquito de calma! —dijo el médico—. Esto no es nada, seguramente. La sanaremos en un santiamén. Los niños están sanos, y de repente se enferman; tienen fiebre y asustan a sus madres. No es nada, nada, absolutamente nada. Después sanan, ¡y se acabó el susto!

La examinó con cuidado. Advirtió que tenía una fiebre muy alta. Hizo nuevas preguntas. Volvió a examinarla. Y por fin bajó la cabeza y se quedó pensando, en medio del angustiado silencio de los padres, que lo miraban con ojos ansiosos de dolor.

—No es nada —manifestó el médico—. ¡Nada! Pero aconsejo que sin tardanza se la lleven a la ciudad. Aquí, en el pueblo, no hay manera de cuidarla bien.

—Pero ¿qué es lo que tiene? —preguntó la madre.

—Una fiebre muy intensa —respondió el médico—. Para saber con exactitud qué es lo que tiene, habría que aguardar unos días, unas horas en el mejor de los casos. Y es preferible no aguardar. Aconsejo su traslado a la ciudad.

Poco después volvía a partir el coche. Y los padres preparaban precipitadamente el regreso a la ciudad, donde tendrían como cuidar a la niña.

María Angélica reía débilmente.

—Las casas tienen una nariz larga y unos ojos redondos —decía—. ¿Por qué no se ríe la gente cuando las ve?

Y en su cuna, cerrados los ojos, Lulú, la muñeca, dormía. A los pies de su cuna había un sombrero pequeñito y tres plumas de vivos colores.

6
Mac está contento, pero de repente se inquieta

Mac reunió a sus ayudantes y les dijo:

—¿Se dan cuenta ahora de nuestro poder? Nuestro primer ensayo está dando resultados espléndidos. Si los vieran los incrédulos microbios de nuestro pueblo, ¡con qué afán estarían trabajando con nosotros! Tenemos una fuerza sorprendente, superior a la que me había imaginado. Hasta el momento, nuestra acción ha sido relativamente escasa, ¡y vean lo que hemos hecho en tan corto tiempo! Somos más poderosos que el Hombre. Lo venceremos allí donde le demos batalla. Y el mundo será nuestro.

—Ahora no lo dudamos —dijeron los

ayudantes.

Mac puso mala cara.

—¿Acaso lo habían dudado, estúpidos? ¿Y por qué me siguieron entonces?

Los ayudantes pusieron la expresión más humilde que encontraron, y dijeron a un mismo tiempo, sumisos:

—No lo dudamos nunca, Mac. Eres grande entre los grandes.

Entonces Mac se irguió con orgullo, movió su cola y dijo:

—¡Adelante, pues! ¡No hay que dar reposo! ¡A corretear por este cuerpo, y que nuestra tarea termine pronto! Deseo matar a esta niña, y luego matar a un hombre. Su padre es buena presa.

Rieron alegremente los microbios, y partieron por la sangre de la niña, con gran bullicio, dispuestos a terminar cuanto antes la lucha.

—Busquemos el corazón —dijo uno—. Mac nos lo ha dicho: "Ataquen el corazón, enloquézcanlo, paralícenlo".

Y siguieron adelante, en busca del sitio exacto en que debían realizar la última etapa de la acción guerrera. El corazón era la fortaleza principal. Una vez capturada, ya nada había que hacer. El triunfo llegaba entonces,

¡y ya podían sonar todas las campanas del regocijo!

Entretanto, Mac, momentáneamente solo, meditaba:

—Voy a elegir el momento oportuno para atacar al Hombre —murmuraba a media voz, cabizbajo—. Lo que estoy haciendo ahora no tiene mucha importancia. Lo que deseo es inquietar a medio mundo, asaltarlo con rapidez, vencerlo, y regresar después a mi pueblo. Entonces volveré a salir victorioso a la conquista de la tierra. Y a ese microbio gris que se atrevió a oponerse a mis planes lo condenaré a quedarse solo junto al lago, con todos los viejos que le apoyan, y que son incapaces de luchar, como es nuestro destino.

Así pensaba Mac, sonriendo, cuando sintió una precipitada carrera hacia él. Reconoció a uno de sus ayudantes. Mac puso cara severa para recibirlo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué abandonas tu sitio de combate?

El ayudante no pudo contestar inmediatamente, pues era evidente que una emoción muy intensa le dominaba.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar Mac.

—Todos han desaparecido —respondió

por fin el ayudante, rota la voz.

—¿Quiénes han desaparecido? ¿Te refieres a tus compañeros, mis demás ayudantes? —gritó Mac.

El microbio, temeroso de la ira de su jefe, no contestó sino con un leve movimiento de cabeza.

—¡Explícate! —rugió Mac.

Y el microbio dijo que mientras se encontraba en plena acción, de pronto apareció una lanceta y se llevó un poco de sangre.

—Y en ella iban mis compañeros —añadió el sobreviviente de tan grave tragedia—. Yo alcancé a saltar hacia un lado, y en seguida me vine corriendo a contarte el terrible caso.

Mac se levantó de un salto y gritó:

—No puedo creerlo. Vamos a buscarlos.

Pero fue inútil todo esfuerzo. Nueve de los ayudantes habían desaparecido, y ahora quedaba Mac solo, con uno de ellos, que temblaba de miedo.

—Nuestro trabajo va a ser muchísimo más difícil —dijo Mac—. Pero no debemos desanimarnos. Piensa en la gloria que nos aguarda. ¡Al ataque! ¡Al ataque, como si fuéramos dos millones!

Pero mientras atacaba, Mac sentía una inquietud creciente. ¿Dónde habían ido a parar

sus ayudantes? ¿En qué emboscada habían caído?

—¡Necios! —murmuró—. ¡Malditos! Son incapaces de darse cuenta del peligro.

Y se detuvo un instante a descansar, pues ahora el trabajo era muy duro.

7
La emboscada

Era realmente asombroso que de los diez ayudantes hubieran desaparecido nueve de una manera tan inesperada. Mac no lograba explicárselo. Sin embargo, nosotros sabemos lo que ocurrió, y vamos a contarlo en seguida, para que se vea cómo, si son astutos los microbios, no es el Hombre tan lerdo como Mac lo suponía.

Los padres de María Angélica dispusieron sin tardanza el traslado de la niña a la mejor clínica de la ciudad. No repararon en gastos, pues eran gente rica. Así, pues, desde el pueblo se comunicaron telefónicamente con la clínica y partió una ambulancia en busca de la enferma. No quedaba tan lejos de la ciudad como para

que esto no pudiera hacerse. Lo único angustioso fue el largo tiempo —más de seis horas— que se hubo de esperar hasta la llegada de la ambulancia. Y, entretanto, la enfermedad de la niña agravaba. La fiebre era siempre muy alta. María Angélica tenía a ratos fuertes temblores en todo el cuerpo. Y lo peor de todo es que continuamente estaba hablando y riendo. Decía las cosas más absurdas, y estallaba en unas carcajadas estrepitosas, que la estremecían, la ahogaban. Sus padres se sentían impotentes, y esto les desesperaba de un modo horrible. En vano recurrían a todos los remedios por ellos conocidos para aliviar a la niña. María Angélica empeoraba por momentos.

El médico que vino en la ambulancia examinó a la niña y después de pensarlo, sin atreverse a diagnosticar nada, declaró que la enfermedad le era absolutamente desconocida, y se necesitaba el parecer de los especialistas para atacar con posibilidades de buen éxito un mal tan extraño.

—No hay que desesperar —agregó, al advertir la mirada dolorosa de los padres—. Se le harán todos los exámenes necesarios, y seguramente se encontrará el sistema curativo que el caso requiere.

Se trasladó a la niña, con sumo cuidado, a



la ambulancia. La madre no se olvidó de Lulú, la muñeca, y la tomó en sus brazos.

—¡Se va a sentir tan contenta al verla, cuando mejore! —dijo la buena señora, cuyos ojos estaban enrojecidos de tanto llorar.

El viaje fue largo. A veces, los caminos se veían cubiertos de rebaños, y era imprescindible hacer sonar largo rato la bocina, para que los pastores se dieran prisa en dejar libre el paso.

María Angélica, cerrados los ojos, y ardiéndole las manos, la cara, todo el cuerpo, deliraba casi de continuo, y a cada momento reía de un modo convulsivo, que después la dejaba agotada, sudorosa. El médico le había colocado una inyección para calmarla, pero sin resultados de ninguna especie.

Una vez en la clínica, fue transportada a un cuarto de murallas muy blancas, con una amplia ventana que daba a un jardín. Después de una prolongada deliberación entre los médicos del establecimiento, durante la cual reconocieron que la enfermedad de la niña les dejaba atónitos, pues nunca habían visto nada semejante, resolvieron llamar a tres de los más afamados médicos de la ciudad, hombres llenos de experiencia, premiados por renombradas academias científicas de diversas partes del mundo.

Los tres médicos examinaron a María

Angélica con la mayor prolijidad. Uno de ellos, el más anciano, dijo:

—No encuentro nada orgánico, señores. Esta niña es robusta y no me explico su mal. Si sólo existiera la fiebre, podríamos combatirla, a pesar de no explicarnos el porqué de ella; pero existe esa espantosa risa, señores, esa terrible risa de la niña, que a uno le hiela la sangre. Y es esta risa lo que me resulta totalmente inconcebible. ¿A qué pueden atribuirla ustedes, mis estimados colegas?

Los otros dos médicos inclinaron la cabeza y se quedaron pensativos. Uno de ellos exclamó de pronto, con voz sonora:

—La risa es consecuencia de la fiebre, que induce a la niña a tener visiones que la obligan a reír. Ahora bien, mis respetados colegas, ¿de dónde viene esa fiebre? ¿Por qué? No me lo explico.

El tercer médico, un hombre alto, recio, que más que médico parecía boxeador, dijo con el más convencido de los tonos:

—Señores, aquí hay un microbio. No me cabe la menor duda. ¿Cuál es? Lo ignoro. Pero tenemos que encontrarlo. Porque no puede ser sino un microbio el que ocasione estos trastornos absolutamente inverosímiles en una niña sana, en una muchachita cuyo cuerpo es

robusto, cuyos órganos están en el más perfecto de los estados.

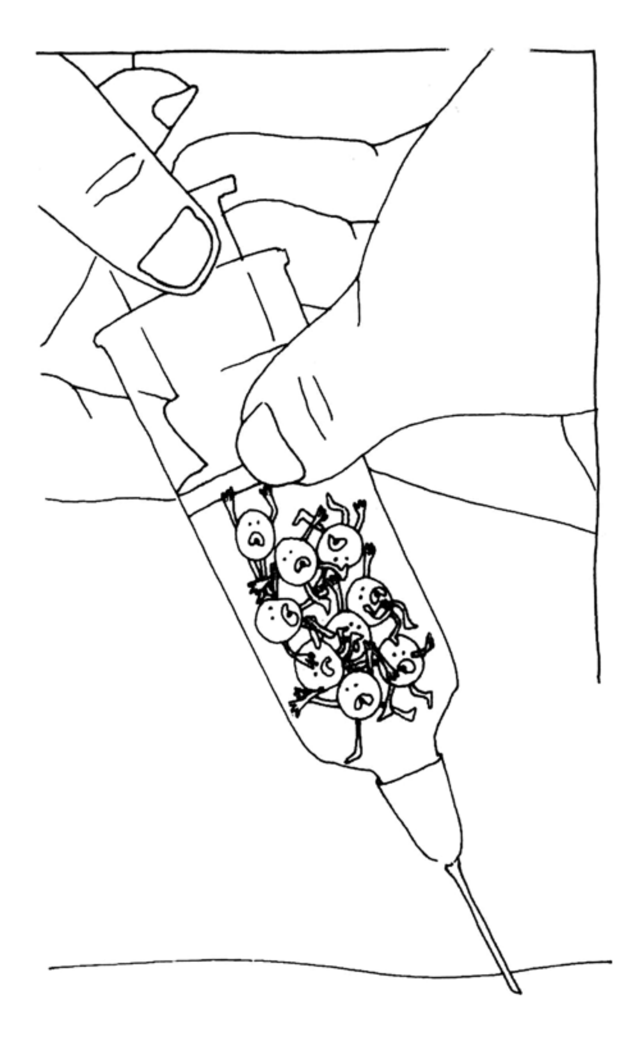
—¡Hum! ¡Hum! —gruñeron los otros dos médicos—. No es desacertada la teoría. Tiene que haber un microbio en todo esto. Pero ¿en qué parte se ha localizado? ¿Dónde y cómo encontrarlo?

—Podemos extraerle un poco de sangre, para comenzar —dijo el tercer médico—. La haremos examinar. Y, entretanto, para calmar a la niña, la haremos dormir. Es posible que durmiendo, la risa no la ataque con igual fuerza.

Y mientras así hablaban los doctores, ante la cama de la enferma, María Angélica reía y de repente decía entre alegres carcajadas:

—El elefante le ofrece su trompa al mono y se la cambia por su cola; pero el mono se sube al árbol y desde arriba le dispara un montón de nueces, riendo, brincando, feliz. Se ríe del elefante, que se enoja. ¡Déjenme verlos, por favor! No me pongan ese abanico de mi abuela delante de mi vista. ¡Y echen fuera a ese loro que no me deja oír nada con sus chillidos!

Los médicos resolvieron calmar a la niña y la hicieron dormir, después de sacarle un poco de sangre para examinarla. Y fue así, al



sacarle la sangre a María Angélica, como desaparecieron nueve de los ayudantes de Mac. Esa era la emboscada en que habían caído. ¿Daría buenos resultados?

Ahora la niña dormía plácidamente. Sólo de tarde en tarde alguna risa débil la estremecía entre sueños.

—Se ha calmado mucho —decían los médicos—. Nuestras inyecciones han sido eficaces.

Y dentro de la niña decía Mac:

—Se ha calmado mucho. Dos microbios no podemos trabajar como once. ¡Es una lástima! Tenemos que darnos prisa. ¡Al ataque!

Y Mac con su ayudante seguían luchando con todas sus fuerzas. Era entonces, precisamente, cuando la niña se agitaba con débil risa en su tranquilo sueño.

8
En el laboratorio

Unos hombres vestidos de blanco, ante grandes mesas llenas de placas, de vidrios, de tubos, de frascos con líquidos de diversos colores, comenzaron a examinar la sangre de María Angélica.

—Dicen que en ella debe de haber algún microbio desconocido —aseguraron—. Lo descubriremos, si es posible. La pobre enfermita está atacada de un mal que nunca se ha visto: tiene una fiebre muy tenaz e intensa, y ríe continuamente. Ahora han encontrado la manera de calmarla; pero apenas despierta, la enfermedad recobra su fuerza y agota a la niña.

Grandes, perfectos microscopios entraron en función. No se veía nada. Los ayudantes de

Mac se habían dado cuenta del peligro en que se encontraban, y recurrían a todos sus recursos para pasar inadvertidos.

—Si nos descubren —decía uno, con voz trémula—, no van a tener el menor reparo en exterminarnos.

—¡Que no nos vean! ¡Que no nos vean! —gemían dos o tres de ellos, sin moverse.

El más atrevido de los nueve prisioneros dijo de pronto:

—Si no somos demasiado torpes, tenemos una esperanza de salvarnos. ¿Por qué no atacamos a los que nos examinan?

—Mucho me temo que hayan tomado todas las precauciones del caso —murmuró el microbio de la voz trémula—. En fin, si la ocasión se presenta, no digo que no debamos atacar. Atacaremos, indudablemente.

—Yo estaré alerta y daré la voz de orden —dijo uno de ellos.

Los demás, al saber que uno velaría, cerraron los ojos. Sentían que su última hora había llegado, y se amargaban terriblemente. "¡Qué bien estaríamos ahora junto al lago!", pensaban. Y echaban de menos la presencia del microbio gris, que parecía haber heredado toda la sabiduría del Patriarca, al manifestarse contrario a la aventura de atacar al Hombre sin mayores preparativos.

El microbio que prometió vigilar se mantenía alerta. Con los ojos muy abiertos y la cola encogida, miraba al hombre. Veía su ojo inmenso, a través de microscopio, y pensaba que aquel ojo parecía tan ancho como el lago de su país natal. El ojo del hombre giraba y volvía a girar, examinando. Era como un gigantesco reflector, buscando heridos por un campo de batalla. "¡Qué mala cosa es el ojo de un hombre!", pensaba el microbio que le vigilaba atentamente.

De pronto le pareció al microbio que un dedo del hombre estaba cerca. ¿Habría llegado el momento de atacar? Esperó unos segundos. Observó mejor. Sí: aquello parecía el dedo del hombre. Atacarían, pues.

—¡Al ataque! —gritó.

Los demás microbios abrieron los ojos y movieron la cola, decididos. Había que salvarse, y la única posibilidad de salvación estaba en el ataque sorpresivo, violento, inmediato.

Pero apenas resolvieron luchar, tuvieron que moverse. Y el ojo del hombre, siempre listo, vio de pronto al enemigo.

—¡Aquí! ¡Aquí están! —gritó el hombre.

Corrieron sus compañeros de sala a ver qué era lo que allí estaba. Y todos vieron a los

microbios de la fiebre reidora, los nueve ayudantes de Mac, prisioneros en la sangre extraída de María Angélica.

—Haremos un cultivo —decidieron.

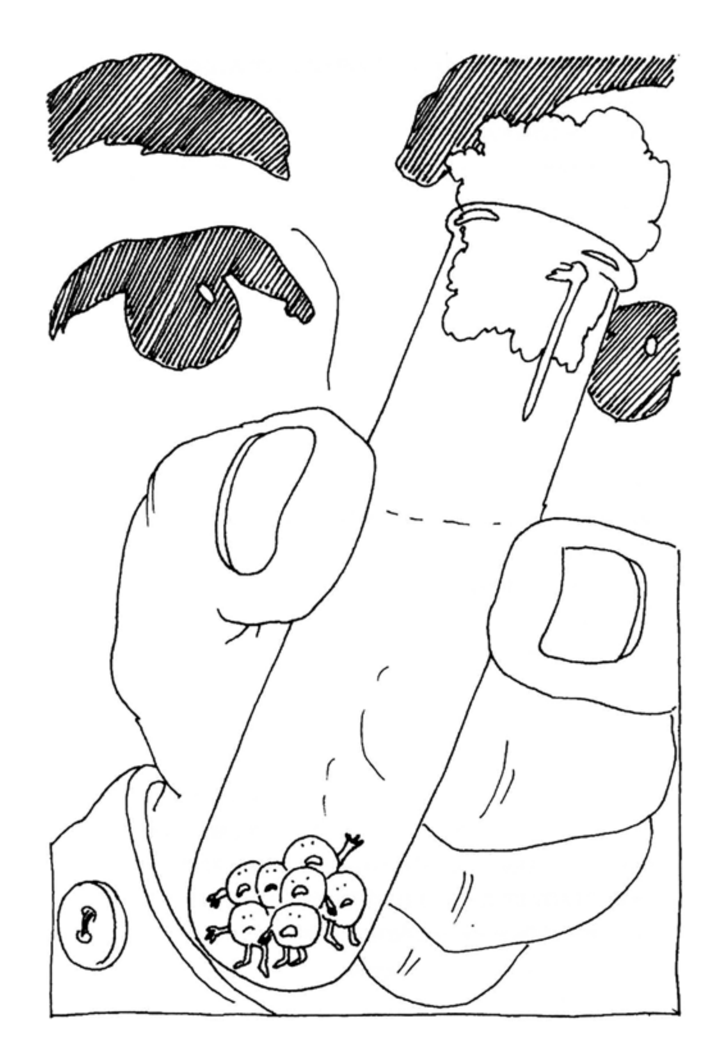
Y poco después los médicos sabían que, en efecto, habían encontrado unos microbios de muy extraño aspecto, completamente distintos a todos los hasta entonces estudiados.

Uno de los médicos acudió de prisa a presencia de los padres de María Angélica, y les dijo con voz animadora:

—¡Vamos bien! ¡Vamos espléndidamente! Hemos encontrado el microbio. No tardaremos en conocerlo y exterminarlo.

La madre de la niña sintió que una lágrima le corría por las mejillas; el padre apretó las mandíbulas para ahogar un sollozo de esperanza. ¡Se salvaría, pues, la niña! ¡Oh Dios, que se salvara!... ¡Que pronto pudiera jugar con Lulú!

En el laboratorio había una verdadera felicidad. Encontrar un microbio desconocido es cosa que entusiasma a los hombres de ciencia, y con muchísima razón. Eso de ser el primero que le mira la cola a un microbio hasta entonces ignorado es una aventura codiciada. Y en este laboratorio estaba ahora todo el mundo repleto de dicha, menos —claro está— los ayudantes de Mac, que se sentían irremedia-



blemente perdidos, al verse trasladados a unos tubos especiales, tapados con algodón, donde se les cultivaría en buena forma. Quisieran o no, dentro de poco ya no serían nueve microbios, sino tal vez veinte mil. Los sabios conocen la manera de hacer esto, y la ponen en práctica cada vez que es necesario.

Quedaron los tubos de cultivo algunas horas quietos, sometidos a la acción de conocidos sistemas para multiplicarlos. Mientras, María Angélica había despertado y decía, riendo:

—Un enanito se columpia en la luna y salta de repente a una estrella. ¡Qué divertido es ver los gestos que hace! ¡Ahora me saca la lengua y me hace reír!... ¡Ja, ja, ja!

Volvieron los doctores a hacer dormir a la niña. La alimentaron con sueros especiales. Una enfermera no se movía de su lado, y estaba atenta a sus menores muecas, que siempre eran las mismas: las de la risa, ya suave, ya violenta, agitada, estremecida, convulsa.

Más o menos a las veinticuatro horas de hallarse metidos en un tubo con gelatina, los nueve ayudantes de Mac se sorprendieron de una manera indescriptible. Ya no eran nueve, sino diecinueve mil cuatrocientos cinco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó uno de los ayudantes—. Hemos vivido en medio de un

calor de los infiernos, y ahora no somos nueve, sino varios miles.

—No cabe duda de que hemos prosperado —contestó otro de los ayudantes, dispuesto a no tomar muy en serio la cosa.

Pero estas palabras cayeron muy mal entre los demás.

—No estamos para bromas —le dijeron.

Y después de consultarse los nueve prisioneros, decidieron hablar con sus compañeros innumerables, para averiguar qué había sucedido.

—¿Pueden decirnos ustedes de dónde han salido, y por qué se parecen tanto a nosotros? —les preguntaron.

Pero los diecinueve mil y tantos microbios no respondieron.

—Son descorteses —murmuraron los ayudantes—. Tendremos que obligarles a hablar. No podemos quedarnos así.

Pero fueron inútiles todos los esfuerzos, porque si los diecinueve mil y tantos microbios se parecían de pies a cabeza a los ayudantes de Mac, el caso es que hablaban distinto idioma. No es lo mismo nacer junto a un lago que nacer en un tubo de cultivo. Esto hace cambiar fundamentalmente la lengua, como sucede también entre los hombres, pues el que nace en China no

habla lo mismo que aquel que vio por primera vez la luz en un valle de Nicaragua.

Pues bien: mientras los microbios trataban de entenderse, sin conseguirlo, vinieron los hombres del laboratorio, examinaron el tubo y dieron un grito de alegría.

—Ahora hay una colonia microbiana abundante —dijo uno de ellos, con una voz de bajo profundo.

—¿Tienen listo el conejo? —preguntó otro.

—Listo está desde ayer —contestó un tercer hombre.

—En tal caso, vamos a inyectarle en seguida una buena cantidad de estos microbios.

Poco después, de una jaula que había en otra sala, se tomó a un conejito blanco y se le puso una inyección en una pata. El conejito brincó nerviosamente y se alegró mucho cuando volvieron a dejarlo solo.

—Vendremos a verle dentro de una hora —dijo uno de los médicos.

9
Las visiones del conejito blanco

El conejo había sido hasta entonces el más pacífico de su especie. Movía sus largas orejas y comía el día entero. Ya estaba acostumbrado a su jaula. Era perfectamente sano. Hacía poco que había llegado al laboratorio de la clínica, y éste era el primer servicio que prestaba a la ciencia.

Le digustó bastante que lo pincharan con una larga aguja, y le metieran en el cuerpo algo que no le pertenecía. Pero, con suma discreción, no dijo nada. Sabía que los hombres no entienden el idioma de los conejos. Entonces, ¿para qué hablar?

Se quedó en un rincón de su jaula, pensando en su destino, sin moverse. Recordaba sus días antiguos, cuando andaba por los campos y corría veloz entre las hierbas. En aquel tiempo

respiraba buenos olores. El campo es agradable. En cambio, en esta jaula había poquísimo espacio, y los olores que hasta aquí llegaban no eran gratos. Tal vez los hombres los encuentren a su gusto. Un conejo no.

Pero poco a poco se fueron desvaneciendo estas serias meditaciones. Sintió un calor en todo su cuerpo. Un calor más grande que el que sintiera en otra época, cuando salía de su agujero a tomar un poco de sol. Este calor era interno; le abrasaba, le metía en todos los músculos un deseo muy grande de acción.

—Es extraño, muy extraño todo esto —murmuró el conejo, parando las orejas.

Y el calor seguía adelante. Y ya no era sólo calor. Ahora sentía una pesadez muy rara en los ojos. Se le cerraban. ¿Habría llegado la hora de dormir?

—Dormiremos —murmuró el conejito, bostezando como era su costumbre.

Cerró los ojos redondos y se asustó al principio. Estaba viendo cosas muy sorprendentes. ¿Qué significaba esa montaña con cara de asno que rebuznaba de repente? ¿Y esa hierba que se ponía a bailar? ¡Ja, ja, ja! Era divertido ver aquello. Sumamente divertido. ¡Ja, ja, ja! Y, sin darse cuenta, el conejo reía con su risa más aguda, estremeciéndose.

Fue en ese instante cuando vinieron a verle los médicos.

—Ya ha sido atacado por la fiebre reidora —dijo uno—. Vamos a tomarle la temperatura.

El conejo tenía una fiebre digna de un elefante. En un cuerpo tan chico, una fiebre así resultaba inconcebible.

—Lo mismo que la niña —dijo un médico—. Las mismas agitaciones. Las muecas que hace este conejo corresponden a una risa humana. No cabe la menor duda: son los microbios que hemos descubierto los que producen la fiebre reidora.

Después de un descubrimiento semejante, los médicos más eminentes se reunieron y hablaron durante horas, con las más sabias palabras.

—Buscaremos un nombre para estos microbios —dijo uno de ellos—. ¿Quién los descubrió?

—El doctor Smith, del laboratorio.

—¡Ah! No sirve. Un microbio que se llame Smith no quiere decir nada. Es necesario encontrar algo mejor.

—Lo que es necesario encontrar en seguida —insistió otro médico— es la manera de combatir al microbio, llámese como se llame.

—Esa es la realidad —aprobaron varios

médicos—. No podemos negarlo: ésa es, estrictamente, la realidad en estos momentos.

El nombre vendrá después. Buscaremos un nombre latino o un nombre griego.

—¿Y cómo lo podremos combatir? —preguntó otro médico, que hasta entonces había guardado absoluto silencio.

—Por medio de un antídoto, que crearemos valiéndonos de los mismos microbios. ¿No son ustedes del mismo parecer?

—¡Exacto! ¡Exacto! —prorrumpieron varias voces.

En ese momento se abrió la puerta de la sala en que estaban reunidos los médicos. Entró un doctor de delantal blanco y anunció con voz grave:

—El conejo atacado de la fiebre reidora ha muerto en estos instantes.

Las palabras del médico del delantal blanco produjeron un efecto poderoso.

—Es una enfermedad mortal —dijeron todos—. Debemos atacarla sin piedad. Si viene una epidemia, ¿quién puede calcular las consecuencias?

Y resolvieron atacarla. Había que salvar a la niña, a la ciudad, al mundo entero, de una enfermedad tan peligrosa y violenta.

—¿Y la enfermita sigue peor? —preguntó

uno de los médicos, al salir todos de la sala.

—Duerme en estos momentos. Está muy débil. La risa empieza a ser superior a las drogas. No hay cómo calmarla. Sus padres están desesperados.

10
Muerte y transfiguración

En el laboratorio, los especialistas trabajaron febrilmente. Entraron en acción innumerables tubos, mezclas, corrientes eléctricas, para convertir a los microbios de la fiebre reidora en servidores del Hombre.

—¿Qué es esta agitación? —se preguntaban los microbios, cayendo de una gelatina en otra, y sometidos a procesos que les parecían inmensas torturas.

—No hemos nacido para esto —gritaban—. ¡Muera el Hombre! ¡Muera!

Pero los que morían eran ellos. El Hombre los mataba, para transformarlos, para darles una vida diferente, útil, digna de alabanza.

Y fue así como de los microbios de la fiebre nació un ser nuevo: Loc.

¿Quién es Loc? ¡Ah! Ya lo han oído: es un ser nuevo. Se parece mucho a Mac, pero tiene un espíritu distinto. Mac odia al Hombre. Loc se inclina a amarlo, puesto que está decidido a defenderlo.

Loc tiene unos grandes ojos, un rostro más bien bondadoso y una cola que tiene el filo de una espada.

—Ya poseemos el remedio —dijeron los médicos.

—¿Lo ensayaremos antes en un conejo? —preguntó un doctor, retorciéndose el bigote gris.

—No es oportuno —le contestaron—. La enfermita de fiebre reidora se muere. Hay que proceder en seguida. Si no logramos salvarla, al menos habremos hecho lo posible. Por ahora, lo único que se debe hacer es inyectar el antídoto a la enferma.

Los médicos regresaron a la sala de María Angélica. Nuevamente estaba la niña atacada de una risa violenta.

—Lulú se ha montado en la jirafa —gritaba—. ¡Y cómo se aferra para no caerse! ¡No tengas miedo, Lulú! ¡No me hagas reír con tus gestos! No te vas a caer. ¡Ja, ja, ja!...

—¡Pobrecita! —dijo un médico—. Aquí te traemos un remedio que te salvará.

Y le inyectaron el antídoto a María Angélica. Es decir, le metieron dentro del cuerpo a Loc, el de la cola filuda.

—¿Quién anda por ahí? —le preguntó Mac a su único ayudante, cuando sintió los pasos de Loc.

—Iré a ver —dijo el ayudante, que estaba cansado de trabajar tanto.

Y fue con paso menudo, arrastrándose, deseoso de descansar.

—¡Alto! —le gritó Loc, al divisarlo.

El ayudante se quedó quieto y miró hacia todos lados, en busca del enemigo. Y se sorprendió enormemente al ver a un microbio que se parecía muchísimo a Mac. Tenía sus mismos ojos, su mismo cuerpo, y una cola tal vez un poco más puntiaguda, pero del mismo largo.

—¿Quién eres? —preguntó Loc, caminando lentamente, pero decidido.

—Un ayudante de Mac.

—¿Y quién es Mac?

—Mi jefe.

—¿Y qué hacen aquí ustedes dos? —preguntó Loc, lleno de energía.

—Hemos decidido matar a esta niña. Somos microbios de la fiebre reidora. Eramos más numerosos, pero varios cayeron prisioneros, y

no quedamos sino Mac y yo. Estamos cansados de trabajar tanto. Si hubiéramos sido unos pocos más, ya habríamos vencido. ¿Tú vienes a ayudarnos?

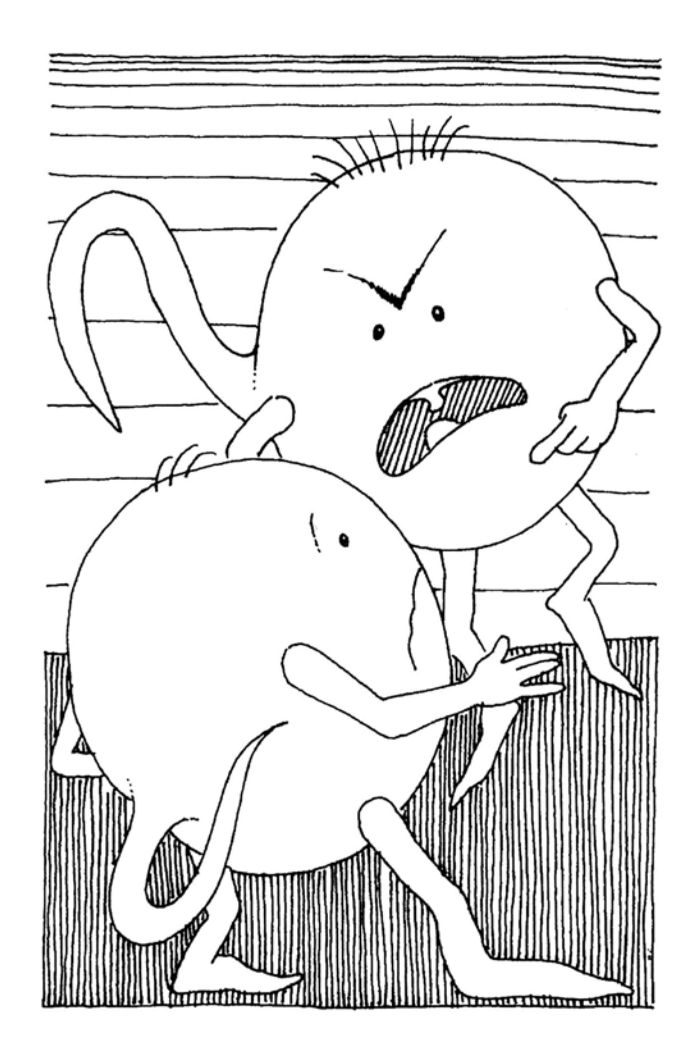
Indignado, Loc movió la cola amenazadoramente.

—Vengo a castigarlos —dijo.

El ayudante quiso correr hacia Mac, angustiado, nervioso. Pero Loc saltó sobre él con la agilidad de un espadachín, y le clavó la cola en el pecho. El ayudante se estremeció espantosamente. Quiso gritar pidiendo auxilio, pero no pudo. Loc, despiadado, le clavó nuevamente la cola, y aguardó. El ayudante puso los ojos en blanco y estiró la cola por última vez. Lanzó un suspiro muy hondo y murió.

—Te he castigado como te lo tenías merecido, bellaco —exclamó Loc, respirando con fuerza—. ¡Qué felonía ésta de venir a matar a una niña hermosa, de sangre tan bonita! Yo la defenderé aunque tenga que luchar con dos millones de secuaces de Mac.

Entretanto, Mac estaba parado muy cerca del corazón de María Angélica, y aguardaba a su ayudante. Le asombraba no verlo aparecer. ¿En qué se había detenido? ¡Ah, con microbios así no se va a ninguna parte! ¿Cómo obtendrían la victoria, si se dejaban vencer por la pereza?



Mac oyó unos pasos, acercándose cada vez más.

—¿Eres tú? —preguntó, creyendo que era su ayudante—. ¿Por qué te has demorado tanto?

—Nunca es tarde —dijo la poderosa voz de Loc.

Mac miró con extrañeza. Aquella voz no era la de su ayudante. ¿De quién podría ser? Y mirando, mirando intensamente, descubrió a pocos pasos a un desconocido, muy semejante a él, que le miraba con ojos amenazadores y resueltos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Mac, irguiéndose.

—A ti no te pregunto tu nombre, porque ya sé que eres Mac, el bandolero —repuso Loc—. En cuanto a mi nombre, poco importa que lo sepas o no. He venido para castigarte. Soy Loc, nacido de los de tu especie, pero con entrañas muy distintas. No vengo aquí a matar a una niña, sino a defenderla.

Mac se dio cuenta del peligro, y juzgó que era necesario recurrir a su arma favorita, la sorpresa. De modo que de un salto se lanzó sobre Loc. Pero éste era, por lo visto, un esgrimista perfecto. Con suma destreza esquivó el golpe y se dispuso a la defensa.

—¿Me has creído lerdo? —preguntó.

—Te mataré —aulló Mac.

Pero ahora fue Loc el que atacó con vehemencia. Y su agilidad y vigor eran tantos, que Mac se vio obligado a retroceder.

—No huyas, cobarde —le gritó Loc.

Esto avergonzó espantosamente a Mac, pero se dio cuenta de que era muchísimo más prudente no cambiar golpes con su rival. Era preferible huirle, atraerle a una emboscada, y darle muerte de pronto, cuando estuviera creyéndose el vencedor.

Pero si éstas eran las ideas de Mac, las de Loc eran no darle tregua a su enemigo, cansarlo, perseguirlo, arrinconarlo y clavarle después su filuda cola en mitad del pecho. Ya había advertido que su arma era muy eficaz. La emplearía de nuevo, y con igual pericia.

Mac iba sorprendiéndose de la energía de su enemigo. Estaba acostumbrado a vencer. Pero ahora tenía que huir siempre, sin gloria alguna, perseguido, jadeante.

—Propongo una leve tregua. Tal vez podamos entendernos —dijo Mac—. Recuerda que eres de mi especie.

—He nacido de la muerte de los tuyos, y me he convertido en un paladín de los enfermos de la fiebre reidora. Los salvaré a todos

—respondió Loc, sin darle reposo al fatigado Mac, que a cada instante levantaba la cola lleno de esperanza de clavarla en el cuerpo de su enemigo.

—No eres leal en tu pelea —le gritó Mac—. Me has encontrado fatigado. Si estuviera como tú, con todas mis energías, podría derrotarte.

Loc bajó la cola y declaró con voz segura:

—No quiero que se me diga una cosa semejante. Aunque mi papel consiste en vencerte sin pérdida de tiempo, te permitiré descansar. Después veremos. Te mataré de todos modos.

Estas palabras le sonaron muy mal a Mac, por cierto. Se apartó con prudencia de su enemigo y pensó: "¡Ahora que me ha dado una tregua, esperaré que se distraiga. Entonces acabaré con él".

Pero Loc estaba alerta. No era un microbio despreocupado. Sabía que Mac podía atacarle de repente, de modo que mantenía su cola pronta, como una lanza. Entretanto, Mac le examinaba de reojo. "Es más fuerte que yo", pensaba. Y se sentía angustiado. Pero como era capaz de tomar resoluciones súbitas, decidió huir, aprovechando la ocasión. Y dando un salto fantástico, se lanzó en la sangre de María Angélica, como quien se echa a un río de aguas

caudalosas. Nadó con energía. Vio, al volver la cara, que Loc también se había lanzado a la sangre y le perseguía. "Que me ampare la sombra del Patriarca", rogó con todas sus restantes fuerzas, mientras se dejaba arrastrar por la sangre impetuosa.

Y de este modo, perseguido, derrotado, volvió a la nariz de María Angélica, se asomó a las ventanillas y respiró con ansias, como un ahogado. Y al sentir que se acercaba Loc, saltó de la nariz de la enferma al delantal blanco de la enfermera, donde se acurrucó, cerrados los ojos, deseoso de no ver a nadie, y de que nadie lo viera allí, vencido, como un microbio cualquiera, sin historia.

Loc llegó hasta la nariz de María Angélica y rió con ganas:

—Lo he expulsado —gritó—. Mío es el triunfo.

Y volvió para adentro, a cuidar la sangre de la enferma, como era su deber.

Al cabo de media hora, la fiebre de la niña bajó. Cesaron las risas. Y algo después, cuando amanecía, María Angélica abrió los ojos, sonrió a su madre y preguntó por Lulú, la muñeca.

La enfermera corrió por los pasillos de la clínica a dar la noticia: la enferma se había salvado. Ahora hablaba. Comería dentro de

poco. Los doctores decían que todo peligro había desaparecido. Unos cuantos días más, y podría levantarse y regresar a su casa.

Después la enfermera se fue a descansar. Cruzó el jardín de la clínica. Y un extremo de su delantal rozó una planta verde. Mac aprovechó esta oportunidad magnífica y saltó hacia una hojita. Allí se quedó dormido, descansando.

"Todo está perdido —se dijo—. Ahora trataré de volver a mi pueblo. Allí viviré tranquilo el resto de mis días".

Por el jardín corría una brisa fresca. Todo estaba en calma. Una vida humana se había salvado, y hasta el sol pareció contento, al asomar por un extremo del jardín, con sus pasos dorados, que todas las flores conocían y amaban.

11
El regreso de Mac

Siete días permaneció escondido Mac en el jardín de la clínica. Una mañana, con ojos llenos de odio, vio salir a María Angélica en compañía de sus padres. La niña llevaba a Lulú en los brazos, y parecía contenta.

—¡Maldita seas! —le gritó Mac.

Pero es cosa que nadie ignora que la maldición de un microbio, por terrible que sea, no le hace mal sino al mismo microbio, aunque haya autores que sostienen lo contrario.

Mac ya había descansado. A veces les oía decir a los médicos, mientras paseaban por el jardín:

—La fiebre reidora ha sido vencida con una pasmosa rapidez. Al principio me dio verdadero terror. Pero felizmente encontramos el antídoto necesario. Es inmejorable.

—¡Maldito Loc! —murmuró Mac, revolviendo los ojos, enfurecido—. Si no fuera por él, ahora estaría en mi país, contando la más preciosa historia que ha oído mi pueblo.

Esto lo hizo pensar que le convenía regresar al lago. ¿Cómo? Ya lo vería. Pero allí no se podía quedar.

Y otra vez ayudó la suerte al jefe de los microbios de la fiebre reidora. Vino un pájaro a comer unas migajas junto a la planta en que estaba Mac. Picoteó un rato y se fue. Pero no iba solo. Mac iba metido entre sus plumas.

Sin embargo, el pájaro no se dirigía al lago, ni mucho menos. Era un pájaro de la ciudad, acostumbrado a volar de jardín en jardín. A Mac no le servía para nada. Así, pues, lo abandonó apenas pudo. Y trepó en otro pájaro. De esta manera, cambiando de vehículo, llegó al cabo de tres meses a su palacio. Nadie lo vio entrar. Mac se dio cuenta de que ahora el microbio gris era el jefe respetado por todos. Y se preguntó Mac: "¿Valdrá la pena que me vean? ¿No sería mejor marcharme lejos? Vengo derrotado. Ahora no seré sino

un microbio insignificante, sin voz ni voto en los consejos de mi pueblo".

Este pensamiento le estremeció de tal modo, que no alcanzó a ocultarse cuando escuchó pasos. Un guardia le vio y le gritó quién era y qué deseaba. Pero en seguida lo reconoció y fueron tales sus gritos, que el microbio gris salió de la sala en que se encontraba durmiendo una siesta.

—¿Has vuelto, Mac? —le preguntó el microbio gris—. No te esperábamos ya.

Mac no contestó. Los ojos del microbio gris le examinaban con mucha atención.

—¿Y dónde están tus compañeros? —preguntó el microbio gris—. ¿Y qué le ha ocurrido a tu cola? La traes completamente estropeada.

Mac se miró la cola y vio que, en efecto, la tenía estropeada como un arma de vencido. Y sin poderse contener largó el llanto.

Inmediatamente el microbio gris hizo tocar la campana de reunión. En cuanto el pueblo supo que había regresado Mac, acudió ante el palacio. Todos gritaban el nombre de Mac y pedían ver al antiguo jefe.

—¡Ay! ¡Qué es esto! —exclamaron todos a media voz cuando lo vieron aparecer en un balcón, acompañado del microbio gris.

Mac, en aquellos instantes, era la imagen

perfecta de la derrota. Y le pidieron que hablara. Pero Mac, cobizbajo, se negó. Fue el microbio gris el que tomó la palabra, y explicó lo sucedido. Mac había sido derrotado. Volvía a su pueblo a descansar, vencido y triste.

—Yo lo había pronosticado —dijo el microbio gris, al final de su discurso.

Entonces todo el pueblo sintió verdadero espanto. Hubo un enorme silencio. Y de repente gritaron los jóvenes:

—¡Estamos deshonrados para siempre!

Y a esta exclamación desesperada siguió un movimiento de furor. En vano los microbios viejos gritaban:

—¡Calma, calma! ¡Nada se ha perdido! ¡Seguiremos viviendo aquí, sin preocuparnos de aventuras!

Pero los jóvenes no escuchaban. Ciegos de ira, deseaban atacar. ¿A quién?

Y seguidos de los viejos, que intentaban calmarlos, todos los jóvenes se lanzaron sobre el sauce.

—No lo muerdan —gritaron algunas voces.

Pero ya era tarde. Los microbios jóvenes de la fiebre reidora habían mordido al sauce en pleno corazón.

Y ocurrió lo que debía ocurrir. El sauce sintió un calor tremendo. ¿Era posible que las

aguas vecinas del lago no lo refrescaran? ¡Uf, que calor!

En buenas cuentas, el sauce tenía una fiebre loca. Y después de la fiebre vino el deseo de reír. El sauce también vio visiones divertidas, y sacudiendo con fuerza sus ramas, a modo de carcajadas gigantescas, empezó a bailar ante el lago.

Los microbios estaban ahí, cohibidos. No faltaba uno solo.

—¿Qué han hecho estos jóvenes atolondrados? —preguntó el microbio gris—. Han mordido al sauce. Esto nos acarreará desgracia.

Y así fue, indudablemente, porque el sauce, estremecido de risa, consiguió arrancarse de raíz. Dio dos o tres saltos frente al lago, que le miraba lleno de curiosidad, y después se lanzó en las aguas.

—¡Sálvese quien pueda! —gritaron los microbios, que no podían vivir en el agua.

Y todos trataron de nadar. Pero el lago, al recibir al sauce de manera tan violenta e inesperada, agitó sus aguas, tal vez con un poquito de cólera. Y esto impidió definitivamente que los microbios alcanzaran la orilla.

—¡Auxilio ¡Auxilio! —gritaban, ahogándose.

¿Quién podía auxiliarles, realmente? Por

eso perecieron todos, sin que uno escapara. Y de este modo desapareció para siempre de la Tierra el peligro de la fiebre reidora.